

**Maternidades medianeras: Facetas no convencionales
de la maternidad en mujeres colombianas**

Karen Andrea Parrado Beltrán

Pregrado de Periodismo

Facultad de Comunicaciones

Universidad de Antioquia

2021

**Maternidades medianeras: Facetas no convencionales
de la maternidad en mujeres colombianas**

Karen Andrea Parrado Beltrán

Asesor

Juan David Ortiz Franco

Pregrado de Periodismo

Facultad de Comunicaciones

Universidad de Antioquia

2021

A las mujeres de mi vida, que son mucho más de lo que puedo agradecer.

A la educación pública.

Resumen:

En 1989, Cecilia* (nombre reasignado a solicitud de la fuente sin alterar la veracidad de su historia) decidió ser madre soltera y embarazarse con un hombre casado. En 1994, Vicky* (nombre reasignado a solicitud de la fuente sin alterar la veracidad de su historia) quiso ser madre y adoptó una niña. En 2017, Isabel Maya fue madre de un niño concebido en un laboratorio. En 2019, María Eugenia Montoya y Sandra Gutiérrez eran madres contratadas por el Estado para cuidar los hijos de otros. En 2019, Martha Rita Gómez era la abogada de los hijos que tenían dos madres: la biológica y la subrogada. En cuatro capítulos, estas mujeres son madres, pero no necesariamente esposas; madres, pero no necesariamente heterosexuales; madres, pero no necesariamente progenitoras. Y encarnan o atraviesan, a la vez, tres maternidades medianeras (u *outsiders*): madres solteras por elección, madres sustitutas y madres subrogadas. Este es un reportaje o narración periodística que indaga la experiencia de ser una madre no convencional (medianeras, como decidí intuitivamente llamarles) en la sociedad contemporánea colombiana, a partir de la inquietud de su autora sobre su propio deseo de ser madre, y a través de los testimonios y contextos sociales de seis mujeres nacidas en la segunda mitad del siglo XX.

Palabras claves: maternidad, madres sustitutas, madres subrogadas, madresolterismo, reproducción asistida, periodismo narrativo, reportaje.

Contenido

| | |
|---------------------------------|----|
| Resumen | 4 |
| Prólogo: Dolores de parto | 7 |
| Las tres madres | 11 |
| Reloj biológico | 13 |
| El tesoro | 15 |
| Las probabilidades | 16 |
| De los sueños | 17 |
| La manera correcta | 19 |
| La casa de la Orientas | 21 |
| Un formulario y un árbol | 22 |
| La llamada | 24 |
| Una cuenta | 26 |
| Las tres madres | 27 |
| Los protegidos | 30 |
| El hogar | 32 |
| La madre | 35 |
| Los hijos de los otros | 37 |
| Los NNA | 39 |

| | |
|----------------------------|----|
| Los protegidos | 43 |
| De nuestros vientres | 49 |
| La dulce espera | 50 |
| La estrella lejana | 51 |
| La 29 | 53 |
| El duelo | 56 |
| El notario | 59 |
| La abogada | 61 |
| Nacimiento | 64 |

Prólogo: Dolores de parto

Ser mamá nunca me ha interesado, o no muy seriamente. Cuando era niña viví con mucho esmero el ritual de jugar con muñecas y crear en torno a ellas toda una aventura de maternidad que implicaba alimentarlas, cuidarlas de la lluvia en los viajes imaginarios que armaba en el patio de mi casa, proveerles una cama bonita y cómoda, y llevarlas a pasear en coche —con una mezcla de pena y gozo— al centro de la ciudad donde crecí.

Aunque muy pronto en la vida conocí una de las facetas que el destino posiblemente tendría para mí, también muy pronto advertí la contradictoria y frágil forma de felicidad empacada en la idea de ser madre. Mis referentes de maternidad fueron mujeres amorosas, entregadas, fuertes, sabias; también mujeres cargadas de miedos, dolor, soledades y deseos convertidos en sacrificios. Eso marcó inevitablemente mi idea de la maternidad. Mi propia madre sobrevivía al amor y a la terrible angustia que le producía ser mamá de dos mujeres mientras el proyecto de vida matrimonial se le iba por la puerta.

No recuerdo el embarazo de mi mamá antes de que se acabara mi reinado de casi tres años como hija única. Tampoco recuerdo haberme emocionado con el embarazo de otras mujeres cercanas cuando fui más grande. En general, la maternidad sólo me producía emoción como un juego de unas cuantas horas y cuando tuve una hermana convertí su compañía en la emoción más grande, tanto que creo que no dejó espacio para configurar otra emoción pilar como la de ser madre algún día.

Cuando dejé las muñecas empecé a ver la maternidad como algo más desastroso que añorado. Crecí en el auge del discurso del embarazo adolescente y ver a Andrea Echeverri panzona y con una manada de embarazadas en el vídeo de *Rompecabezas* terminó de aislar cualquier deseo maternal. La maternidad fue para mí una deconstrucción —más emocional que racional— constante mientras crecía y, luego, cuando asimilé que ser hermana mayor conllevaba una dosis de maternidad no parida, empecé a sentir un

agotamiento con la idea de ser madre, suficiente para silenciar cualquier deseo o pensamiento relacionado. Yo, simplemente, no quería ser mamá de nadie.

Eso continúa siendo así con la diferencia de que el egoísmo vital de no querer albergar en mi vida a otro ser humano se ha ido matizando con la llegada de los últimos cumpleaños de mis veintes. De pronto la idea de cerrarle mi útero a cualquier proyecto me empezó a cuestionar el cuerpo. La idea de mi cuerpo como un objeto social, finito, responsable de sí y de un futuro para el que me criaron de una forma muy conservadora como para no contemplar tener hijos.

¿Por qué? ¿Para qué ser madre? Empecé a interesarme por la maternidad de nuevo para preguntarme seriamente por qué las mujeres teníamos que ser madres. Esa fue mi primera pregunta y primera respuesta: ser madre es una decisión y puede ser una muy subversiva. Madres hay muchas y no por cantidad de nacimientos en el mundo, sino por los tipos de decisión. Madres y maternidades. La pluralidad de la experiencia fue lo que empezó a atravesarme el cuerpo.

La maternidad es una faceta tan compleja vista desde afuera —el afuera que es lo único que tengo de ella por ahora—, y desde allí se ve como una bomba que nos ayudan —macabramente— a programar por años para que se nos estalle en las manos con el llanto de alguien que no somos nosotras. Me descubrí pensando que abrirse a la maternidad o negarse a ella era algo más que una decisión binaria. Yo podía elegir ser madre, pero no esposa, madre pero no heterosexual, madre pero no progenitora, progenitora pero no madre. Las combinaciones eran apasionantes.

No me di cuenta cuando dejé de ver las muñecas como sujetos necesitados de amor, cuidado y crianza —porque yo quería que fueran buenas personas—, pero aquello de no interesarme seriamente por la maternidad fue algo que decidí tácitamente para omitir situaciones que me dolían. Dolía ver cómo mis compañeras del colegio quedaban

embarazadas y terminaban dejando de estudiar; dolía ver cómo la maternidad me cuidaba todos los días para crecer y la paternidad sólo lo veía desde lejos o una vez al mes; dolía ver cómo la gente deseaba hijos que no podía tener y otros tenían hijos que no deseaban; dolía que mi cuerpo creciera para ser fértil. Había mucho dolor en la idea de la maternidad.

El dolor alimentó mi construcción simbólica de la maternidad como un fracaso. Inevitablemente crecí con la idea de que ser madre era lo peor que me podría pasar: ser madre y no estudiar, ser madre y estar sola, ser madre y dejar de crecer. Una idea terriblemente humana del fracaso como hecatombe. No tenía otra opción que dejar de engullir la idea que me había hecho por más de veinte años sobre la maternidad. No podía vivir del miedo al fracaso. Quería explorar las vivencias de la maternidad no convencional, así fuera por fuera de mi cuerpo.

Así fue como llegué a este trabajo de grado.

Decidí llamarlo Maternidades medianeras porque estas no agotan la posibilidad de ser madres en traer hijos al mundo —ni en que cada hijo viene con el pan debajo del brazo—. Estas opciones intentan vivir la maternidad desde la marginalidad de muchas dudas y decisiones poco reguladas por la moral y la ley. Ahora que lo termino tengo casi la misma edad que cuando mi mamá me dio a luz; casi, casi, la misma edad que ella debió tener cuando se enteró de que iba a ser madre. Tengo la vida en un reloj emocional muy cercano a la irrupción de la maternidad en mi historia familiar y quizás eso, desde muy adentro, traiciona el desinterés que dije sentir por ella al inicio de este texto.

Lo inquietante es que ese desinterés se ha convertido en casi una necesidad de desempacar el tema de la maternidad antes de siquiera pensar en él como un hecho tangible y viable en mi vida. Como si necesitara mediar con él.

Durante el año en el que tuve este trabajo de grado en remojo, muchas acciones en el continente en el que vivo asumieron la maternidad como un asunto público. Atravesé un año en el que seguí en redes sociales la lucha argentina por el aborto libre y legal, en el que vi el surgimiento de una fuerza política de mujeres en Medellín que aspira a poner el tema de los derechos sexuales y reproductivos como una prioridad ciudadana, leí como la periodista Claudia Palacio les pedía a las mujeres venezolanas que pararan de parir y escribí un reportaje sobre lactancia materna en Medellín.

Al final escribo para sentir dolores de parto de algo tan íntimo como público. Llevo dentro un malestar, hace tiempo que vivo con él sólo que lo sentí audible hace muy poco. Fito Páez lo tenía claro, dijo que “nadie nos prometió un jardín de rosas”, que “hablamos del peligro de estar vivos”. Hoy siento que vibro en medio de ese peligro y que no tengo otra cosa que hacer ante él que escribir.

Las tres madres

El día que su hija cumplió treinta años, Cecilia* (nombre cambiado a solicitud de la fuente sin alterar la veracidad de su historia) le solicitó una breve tregua al tiempo. “🕒📅🕒 Yo sólo quiero regresar el tiempo para empezar de ceros al lado de mi preciosa hijita y seguir siendo feliz a su lado”, escribió en el chat familiar para felicitar a su hija. De una u otra forma, con ese mensaje recordaba los momentos decisivos que vivió entre 1988 y 1989, cuando se convirtió en madre soltera.

Cecilia hace parte de una familia de origen cundinamarqués asentada en su mayoría en Bogotá, la capital de Colombia, la ciudad fría y grisácea que se asoma por el ventanal de su apartamento al norte de la ciudad. Su determinación de ser madre nació cuando estaba en medio de una relación sentimental con un hombre prohibido para su futuro.

“Quiero ser mamá. Te lo digo para que lo sepas, si no quieres, entonces déjame”, le sentenció a Antonio* una noche de 1988 con la maternidad atravesada como un rayo. Había preparado por tantos días lo que le diría, que los ojos de extrañeza de él no la lastimaron. “Quién no quisiera tener un hijo con una mujer como tú, Ceci”, fue todo lo que le dijo él. Cecilia tenía 36 años y un futuro biológico que se reducía cada vez más rápido para la maternidad. “Ya sabes a qué te atienes”, le advirtió.

Era una mujer fértil, hambrienta de vida; quería un hijo y una vida acompañada. No pensaba discutir su maternidad con nadie porque sabía que estaba sola. Sola a pesar del hombre que se quedó esa noche con todo y la sentencia que le dio; sola en esa ciudad en la que ascendía exitosamente como ejecutiva de una multinacional; sola y lejos de los días entrañables del hogar campesino donde sus padres levantaron a una familia de once hijos.

Cecilia nació en mayo de 1952. La finca donde creció quedaba a varias horas de viaje entre Bogotá y Villavicencio, en Quetame, un pueblo encaramado en la cordillera oriental y

famoso por sus amasijos de harina de sagú con los que los padres de Cecilia criaron a cinco mujeres y seis hombres. Ceci, como aprendieron a decirle todos, abandonó ese terruño de clima frío cuando era muy joven y empezaba su vida de maestra de escuela luego de graduarse como normalista. Se radicó en Bogotá y en 1981 entró a trabajar a una editorial extranjera donde ascendió rápidamente hasta convertirse en gerente regional. Ahí conoció a Antonio.

La maternidad de Cecilia fue una decisión solitaria porque —en el fondo— sabía que sería madre soltera. Tenía un llamado vital, un reloj biológico encendido y un hombre con una vida familiar paralela al cual no podía esperar más. Decidida, se desprendió de Antonio para aferrarse al deseo de ser madre. En enero de 1989 comprobó que estaba embarazada. “Ya lo presentía”, recuerda mientras el cielo en la ventana de su apartamento empieza a prometer una Bogotá soleada.

Había planeado su maternidad con la misma rigurosidad y disciplina con la que planeaba su trabajo, sus gastos mensuales, sus ahorros, su vida entera. Quería que su futuro hijo o hija naciera para el día de amor y amistad. “Yo siempre me daba regalos para celebrar el mes del amor y la amistad, como sabía que no tenía alguien para celebrar esa fecha pues me daba regalos para mí misma”. Su elección de vida era una anomalía en una sociedad tradicionalista que exalta la maternidad ceñida al matrimonio. Cecilia no era la mujer de nadie y tenía una libertad económica propia, esos rasgos hacían que su decisión hiciera mucho ruido entre sus compañeros de trabajo y su familia, por eso prefirió mantenerla en secreto un tiempo.

Pero la maternidad la fue impulsando como si llevara en sus entrañas un huracán silencioso. Una mañana de enero condujo en su carro hasta un pequeño laboratorio en el barrio Cedritos, cerca de su casa, para salir de dudas. Era sábado así que el lugar no estaba muy lleno. Se hizo la prueba y, sola, espero ahí mismo los resultados. Tenía un mes de

embarazo, le dijo la doctora. Hacía meses que no planificaba tal como le había advertido a Antonio, pero con todo y eso su relación había seguido como si nada.

Tomó el sobre con resultados de la prueba y atravesó la ciudad en su carro hasta el sur, hacia el barrio residencial de casas amplias donde vivían la mayoría de sus hermanas, e inició por ellas el anuncio familiar del embarazo. Empezó por su hermana mayor a quien le tenía un respeto especial, luego le fue contando a las demás.

Cuatro meses después dio la noticia en su trabajo. El día que decidió presentar su embarazo públicamente en la oficina se puso un vestido rojo que compró exclusivamente para esa ocasión y unos zapatos “tacón muñeca” que le permitían estar cómoda, pero con unos cuantos centímetros por encima de su altura. Siempre había sido una mujer elegante, le gustaban los trajes finos y los cortes exclusivos. Su vida de ejecutiva soltera le daba la soltura económica para viajar, tener un apartamento propio y una seguridad vital autónoma.

“Yo no tenía por qué pedirle permiso a nadie para ser mamá”, dice sentada en un mueble de tela gris perlada junto al cual duerme la gata manchada que adoptó su hija hace dos años. Está en pijama y la mañana avanza fresca por la ventana.

Cuando subió a la oficina de Antonio para contarle que sería mamá “se quedó como frío”. Esa frialdad mató para siempre la relación de los dos. “Estás invitado a todo y obligado a nada”, le dijo antes de dar la vuelta y salir.

Reloj biológico

El instante inicial de una vida humana ocurre en las trompas de Falopio, donde se cruzan los viajes del óvulo y del espermatozoide que ha sobrevivido a una ardua travesía intrauterina desde la vagina. En 7,5 centímetros de viaje a través del ambiente hostil de la vagina y del útero pueden morir más de 30 millones de espermatozoides antes de que uno

solo de ellos alcance las trompas y logre fecundar el único óvulo que se desprendió ese mes de alguno de los dos ovarios de la mujer.

A diferencia de los espermatozoides, los óvulos son escasos; cada mujer tiene un inventario biológico de 400 mil óvulos para toda su vida. “En un principio una mujer tiene millones, pero en el proceso de ser embrión, un feto, nacer y que le llegue el primer período quedan 400 mil. Se llama reserva ovárica”, explica el joven médico que hace un dibujo rápido del aparato reproductor femenino en una hoja de papel frente a mí, en un consultorio de una clínica de fertilidad en Medellín.

“Un ovario a los 25 años es así, lleno, lleno, lleno. Es la edad más fértil del mundo”. El sonido de los golpes que el esfero da sobre el papel es violento e intenso. Tras haber llenado un círculo pequeño de la hoja con puntos color azul, el médico continúa explicando. “A los 25 empieza a disminuir”; el sonido de los golpes se hace paulatinamente más corto y otro círculo queda medio lleno. “Así es a los 30, así es a los 35”; Los pocos golpes del esfero sobre el papel hacen que sólo dos puntos queden en un nuevo círculo y se pierdan en el blanco de la hoja. “40, 45 y cuando le llegó la menopausia es que ya no hay”; el esfero marca una equis brusca sobre un círculo vacío y deja de repicar.

Ese silencio progresivo es sinónimo de infertilidad; es el sonido del reloj biológico. A los 36 años una mujer como Cecilia está en una etapa intermedia de fertilidad, aunque muy cercana al umbral del descenso de su producción ovárica, que con el tiempo no sólo se hará menor sino más rígida puesto que los óvulos de una mujer madura son más duros y mucho más difíciles de penetrar para los espermatozoides.

Los minutos del reloj biológico se cuentan por ovulaciones. “En promedio una mujer gasta 900 óvulos para hacer ovular sólo uno cada mes. Que una mujer haya ovulado un óvulo... Por doce meses, eso da 10.800 óvulos gastados en un año”. En este punto el dibujo del médico se ha tornado ilegible. “Si vos tenés 400 mil óvulos en total y los dividís en

10.800, eso alcanza para 37 años aproximadamente de producción ovárica... Más la edad a la cual llegó la menstruación que, generalmente, es a los 13 años, eso da 50 años, por eso a esa edad llega la menopausia”. Las matemáticas son implacables.

El tesoro

La hija de Cecilia nació un viernes a mitad septiembre, justo durante la celebración de amor y amistad. A la recién nacida la recibieron con alegría las hermanas y hermanos de Cecilia, también don Pedro, el único abuelo que le quedaba a la familia. “Papi, sumercé sabe lo que es estar solo, yo quiero tener compañía y voy a ser mamá”. Don Pedro era un señor viudo de casi ochenta años cuando Cecilia le anunció su embarazo. “Felicitaciones, mijita, que ese bebé le traiga muchas bendiciones”, le respondió el viejo.

Desde el día en que Cecilia salió de la oficina de Antonio con cinco meses de embarazo, nada volvió a ser igual entre ellos. Él tenía un cargo superior en la compañía y le interesaba cuidar su imagen, y aunque en la oficina había rumores sobre su relación ninguno de los dos reveló nunca lo que realmente pasaba entre ellos. El embarazo de Cecilia fue recibido con emoción en la oficina, pero con muchos cotilleos a sus espaldas porque sus compañeros nunca le habían conocido una pareja.

Resistió. Resistió el silencio de Antonio y el ruido de los comentarios de pasillo.

También soportó las presiones laborales de algunos de sus colegas que aprovecharon su embarazo para sugerir un relevo laboral de Cecilia a un puesto de menor responsabilidad. Sutilmente argumentaban que la maternidad le iba a impedir cumplir con todas las exigencias de un puesto directivo. “Me dio una rabia. ¿Cuál es la pendejada de ese machismo? Me querían aburrir, pero no les di el gusto”. Aguantó los meses en que la dejaron con una carga mínima de trabajo, subutilizando su experiencia profesional, y cuando regresó de la licencia de maternidad habló con sus superiores para proponerse a

una vacante directiva de la que se enteró de casualidad, contrariando los deseos de sus colegas hombres que aspiraban a ese cargo.

La hija de Cecilia es una muñeca blanca vestida de blanco. En la foto que reposa sobre una mesa vestida con elegancia en la sala del apartamento, la niña posa como si fuera una porcelana: ojos como pepas luminosas y claras, rostro de nieve coronado por un sombrero blanco que le da un aire de muñeca victoriana. Su hija tenía dos años cuando Cecilia le mandó a hacer ese fotoestudio. “¿La quieres ver?”. “Es hermosa, Ceci”, le dijo Antonio cuando ella le mostró la fotografía en un restaurante donde se vieron una de las últimas veces para hablar, aunque entre ellos ya reinara el silencio.

Las probabilidades

La probabilidad de embarazo de una mujer sana es del 15 al 20%. “Embarazarse no es fácil, a pesar de que usted ve embarazadas por todos lados”, dice el joven médico con el dibujo a un lado de la mesa. Una sola vez al mes la mujer tiene un periodo fértil en el que puede quedar embarazada, esto ocurre unos quince días después del primer día de su menstruación. Son tan sólo un par de días dispuestos para la posibilidad de un hijo.

En Colombia la tasa de natalidad es de 15 nacidos vivos por cada 1.000 habitantes según los estimados del Banco Mundial en 2017. Para 1960, cuando Cecilia era una niña, esa tasa era de 46 y para 1989, cuando se convirtió en madre, era de 27. El ritmo de nacimientos en el mundo está montado en una curva que no ha parado de descender desde 1963 cuando cada mujer tenía en promedio cinco hijos. Hoy en Colombia la tendencia estadística es que una mujer tenga máximo dos.

Familias numerosas como la de Cecilia y sus diez hermanos son un recuerdo de un país de origen rural que pobló las grandes ciudades colombianas a mitad del siglo XX, y en el

que mujeres como Cecilia adoptaron una vida citadina de poco tiempo, con muchas exigencias laborales y sociales, y poco espacio para compañías vitales como las de un hijo.

“La cola de los espermatozoides, que se llama flagelo, los impulsa para que se metan por el huequito del útero y empiecen a subir por dentro del útero hasta las trompas de Falopio. Millones de espermatozoides, son millones y millones”, dice el médico acentuando el tono. Su explicación sobre la fecundación es el preludio para hablar sobre las técnicas de reproducción asistida que ofrecen en la clínica de fertilidad donde trabaja.

“Entonces, se fecunda en la trompa, pero tiene que ir migrando hasta meterse dentro del útero en este tejido que se llama el endometrio. Esa es la camita en la cual se implantan los bebés”, señala en el dibujo. Ese tejido es el que se desprende cada mes sangrante cuando no hay fecundación y le anuncia a la mujer que no está embarazada.

“Nada, al otro día viendo una película ahí mismo sentí como ipam!... Me llegó. Pensé que iba a llorar, pero no lloré. Ya lo sabía”. Isabel no estaba embarazada y la llegada de su periodo menstrual se lo confirmaba brutalmente. “¡Dios mío, ¿cuántos millones acabo de perder?!”.

De los sueños

Isabel Maya decidió ser madre a los 23 años estando soltera, pero esperó un tiempo más mientras lograba mayor estabilidad profesional. A los 28 años tuvo la primera cita para buscar ser mamá en la misma clínica donde el doctor me explicó detalladamente el proceso del embarazo. “Yo creo que la maternidad es como una idea que toda mujer tiene por allá guardada. Lo vas como maquinando internamente. Pero a los 28 años todavía me sentía muy chiquita”.

A los 31 años Isabel dejó de esperar. “Tengo 31...Si me va bien, pues, voy a tener un hijo a los 32 y, entonces, ¿a qué edad voy a tener un adolescente?”. Le daba temor seguir

esperando a tener las condiciones perfectas para convertirse en madre y que la vejez la alcanzara en medio de la imperfección. Isabel ya era una mujer profesional y llevaba siete años de trayectoria en una empresa, se dedicaba a lo que le gustaba y tenía unos ahorros significativos. El reloj le marcó la hora definitiva. “Pensás en eso y decís: bueno, o lo dejo pasar, que para mí no era una opción porque yo quería ser madre; o le meto acción a esto”. Cogió el teléfono y marcó el número de la tarjeta que le había entregado una médica durante su primera cita, tres años atrás.

La cara de Isabel es juvenil, lleva unos lentes grandes de estilo retro y un corte de cabello muy corto y ligero. Es una mujer de Medellín, tiene 34 años y es la mamá de Salvador, un niño de dos años. A finales de febrero de 2017 logró embarazarse en el segundo intento de una inseminación artificial con semen de un donante anónimo.

Su maternidad soltera estuvo marcada por la convicción de que no tendría un hijo con un hombre porque a ella le gustan las mujeres, además de la claridad de que llevaría el proceso sin pareja porque no quería involucrar a otra persona en una decisión tan compleja. “Mi sueño no incluía otro... No era como me sueño una familia y unos hijitos, no. Era quiero ser madre, quiero tener un hijo, hasta ahí”.

Primero se sometió a una serie de exámenes médicos para verificar su fertilidad y como todo estaba en orden inició su tratamiento rápidamente. El proceso duró aproximadamente un mes, durante ese tiempo Isabel expuso su cuerpo a una sobrecarga de hormonas para estimular la ovulación y lograr producir al menos tres óvulos simultáneamente, y no uno sólo como sucede naturalmente. En medio del proceso la médica le hizo “la pregunta del millón”.

—¿Cuál es el hombre de tus sueños? —.

—¡¿Cómo así?! No tengo hombre de mis sueños. Respondió sorprendida Isabel.

—Ah, ¿qué hacemos? —.

Era el momento de escoger el donante que haría posible el embarazo de Isabel. Entonces, empezó la búsqueda de uno que se ajustara a los rasgos físicos que Isabel quería para los hijos de sus sueños. Imprimió algunas fotos de niños que descargó de internet y las llevó a la clínica.

“También traje fotos de mi familia para que vieran cómo eran”. Como su hermana la acompañaba a la mayoría de diligencias médicas se convirtió en un referente claro para la escogencia del donante en la sección genética de la clínica.

“¿Niño o niña?”, le preguntaron a Isabel en una de las citas. Respondió que “lo que dios quisiera”, que ellos solo escogieran un donante que fuera bien efectivo y que concentraran ahí todo el esfuerzo. “No me importa que sea niño o niña. Dentro de todo de esto quiero un poquito de azar, un poquito de lo que me quiera regalar la vida”.

La manera correcta

El doctor sale del consultorio y a los pocos minutos entra una mujer joven que atraviesa el recinto con la elegancia de un paso entallado por las botas que le llegan hasta la rodilla. La médica es especialista en fertilidad. Retomamos la conversación en el punto donde el dibujo del doctor es ya un mamarracho ilegible.

—Cuando uno hace una inseminación, el volumen de esperma que uno necesita es de más o menos medio centímetro de líquido eyaculado, con los mejores espermatozoides, que son unos cientos de miles realmente.

—¿Y cómo saben cuáles son los mejores? —.

—Cuando uno los centrifuga... ¿Has visto lo que pasa con los salmones, que nadan río arriba, suben cascadas y llegan a donde tiene que desovar y fecundar los huevitos de la

salmón hembra? Eso es, más o menos, como se hace la selección del semen. Los espermatozoides que pueden nadar, que pueden vencer la velocidad del centrifugado, son los que van a quedar en la parte superior nadando.

La manipulación de los gametos en un laboratorio es la esperanza de cerca del 20% de parejas colombianas en edad reproductiva que tienen algún tipo de problema de fertilidad. Las decisiones de vida de la población colombiana han ido migrando hacia opciones cada vez más progresistas incluidas, tal vez, las reproductivas; especialmente en la clase media que representa el fragmento población más grande de la sociedad colombiana según la *Encuesta Mundial de Valores 2019* capítulo Colombia, Así somos los colombianos, un estudio cultural que se aplica en el país desde 1995.

Además de asegurar que las mujeres son el 49% de la clase media colombiana, la encuesta advierte que, aunque la religiosidad es un aspecto muy importante en esta clase, en comparación con las otras, la clase media se mueve hacia una visión más secular del mundo, valora más la ciencia y el uso de la tecnología en su vida”. Buena parte de este tránsito cultural ha hecho que mujeres como Isabel alcancen sus ideales de vida por medio de opciones poco tradicionales. Para el informe, “los colombianos de clase media son menos parroquiales y más abiertos al mundo[...]”, no obstante, también sugiere que tienen “menos niveles de satisfacción con la vida y no percibe una mejora frente a sus padres”.

—¿Y has pensado en el momento en que le cuentes a tu hijo? La miro con curiosidad.

—¡Claro! Yo en ese tema pienso ser completamente transparente, no pienso ocultarle absolutamente nada. Es que es un sueño, lo hice con amor y de la manera más coherente posible para mí. Me pude ir a tomar unos tragos y a acostarme con el primer borracho que me encontrara, me pudo haber salido gratis, pero si es tu sueño intentas cumplirlo de la manera que tu creas correcta, y para mí esa era la manera correcta —.

La casa de la Oriental

Vicky* (nombre cambiado a solicitud de la fuente sin alterar la veracidad de su historia) se dirigió hasta una vieja casa de la Avenida Oriental, en el centro de Medellín. Quería cerrar al fin la distancia que la había separado por tantos años de cumplir un sueño. En la puerta de la casona la detuvo el portero. “Quiero adoptar”, le dijo Vicky. “Llénelo y tráigalo”, replicó el hombre entregándole un formulario. Los días de enero de 1994 fueron testigos de los pasos que Vicky dio resuelta a concretar su decisión de ser madre soltera. Estaba recién llegada de una temporada de cuatro años de estudio en Europa en la que había terminado un doctorado en Antropología Social y Etnología.

“Entonces yo lo llené y llevé los documentos requeridos. Ahí tuve la primera cita con una trabajadora social que era la encargada del programa de adopciones”. Su proceso de adopción duró casi los nueve meses que dura un embarazo natural, durante ese tipo la seccional regional de Antioquia del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF), que quedaba en esa casa a la que se había acercado Vicky en enero, le hizo una serie de entrevistas mensuales para evaluar su postulación como adoptante soltera.

En ese momento el sueño de Vicky era tener un hijo, no tanto estar embarazada. “No es que le tuviera fobia al embarazo, pero habiendo tantos niños para adoptar... Yo había sido profesora de Problemática Social del Niño Colombiano en una universidad y sabía de la cantidad de niños que hay buscando una familia”. Para 1994 Vicky ya tenía una carrera emergente como profesora universitaria, un pregrado en Educación Preescolar y otro en Antropología. Era una mujer madura y soltera, enamorada de un hombre que no le correspondía de la misma manera.

—¿Y por qué tan clara la adopción? Por qué no acudir a una clínica de fertilidad o, de pronto, tenerlo por ahí... —.

—¡No sé me ocurrió! No, yo no soy capaz de tener hijos haciéndole trampa a un hombre. No me hubiera gustado tener un hijo en contra de la voluntad de un hombre. Tampoco soy tan narcisista como para pensar que tiene que ser mío, que si tiene mis genes es mejor que el hijo de otra mujer. No. —.

Vicky asistió sagradamente a sus citas en la casa de la Avenida Oriental con la trabajadora social del ICBF. Algunas veces iba a reuniones grupales con otras parejas que también querían adoptar, entre las cuales ella era la única postulante soltera. “Recuerdo mucho que en las entrevistas privadas me preguntaban mucho por qué quería adoptar un niño. Yo nunca dije que era por ayudar un niño pobre, a mí eso no se me pasaba por la mente, esa no era mi motivación. Yo lo que quería era un hijo”.

En junio de 1994 el ICBF pasó la solicitud de Vicky a un comité especial que la aprobó sin problemas. A partir de entonces esperó... Esperó como quien lleva un hijo en su vientre a punto de dar a luz, aunque sin dolores físicos. “Pero llegó el mes de julio y nada, entonces me dijeron que era porque en el ICBF se demoraban mucho los trámites, que no tenían suficientes carros para que la trabajadora social estuviera visitando los niños y que por falta de personal y de recursos se retrasaba la declaración de abandono del juez para poder iniciar el proceso de adopción”.

Un formulario y un árbol

La adopción de un niño colombiano deber ser tramitada por el ICBF, un establecimiento público descentralizado creado en 1968 que en 2019 tenía 213 centros zonales en todo el país. La misión central de este instituto es “la prevención y protección integral de la primera infancia, la niñez, la adolescencia y el bienestar de las familias en Colombia”, como dice dentro de su sitio web, donde también es posible descargar el formulario de solicitud de adopción que Vicky reclamó en persona hace 25 años.

“Llene el formulario en español, con letra legible, evite las enmendaduras o tachones”, indica el párrafo que complementa el link del formulario.

“Entonces me fui directamente a Bienestar Familiar porque como he sido empleada pública confío en lo público. Fui allá porque sabía que se iban a apegar a la ley y no me iban a discriminar por ser soltera”. Vicky quería adoptar una niña menor de tres meses y que tuviera la piel trigueña como ella y su familia, puso eso en el formulario.

“Escriba claramente la motivación que le asiste para adoptar”, continúan más adelante las instrucciones virtuales del formulario.

“Uno con la adopción no está haciendo caridad. No lo hice por ayudar a los niños sin familia sino porque de verdad yo tenía un profundo deseo de ser madre y tener un hijo”, dice Vicky con notable convicción en su voz.

Entregó el formulario en la casona de la Avenida Oriental y esperó. En julio de 1994 le avisaron que había una niña de cinco meses de nacida para adopción a la que su mamá había entregado a Bienestar Familiar tan pronto la había dado a luz en el hospital. Dijo que sí y envió una fotografía suya ocho días antes de que se la entregaran para que la niña se fuera familiarizando con su rostro.

Vicky. Ella era Vicky, su futura madre.

“Me la entregaron e inmediatamente la niña se me recostó en el pecho. Yo dije: 'Ve, eso de la foto como que funcionó' porque una niña de cinco meses ya reconoce gente extraña, pero ella estuvo tranquila. Llegamos a la casa y le teníamos fiesta con bombas, invitados y un letrero que decía 'bienvenida'”. El día señalado Vicky recibió a su hija a quien los funcionarios del ICBF le habían puesto el vestido de flores y la balaca con moño que ella le había comprado con mucho entusiasmo días antes en el Éxito.

—¿Ya le tenías nombre en ese momento? —.

—Sí. Le puse el nombre de mi abuela, un nombre que la enraizaba en una familia, en un árbol genealógico. Eso le daba un sentido de pertenencia y le mostraba que yo le ponía un nombre de una abuela que yo quise mucho y que todos en mi familia quisimos mucho, era una cosa que ayudaba para que ella se sintiera más acogida, más perteneciente a esa familia nueva —.

La llamada

La llamada de la médica fue un lunes, luego de que Isabel pasara un fin de semana sin salir de su casa. “¿Por qué no viniste?”, le dijo. “Ay, doc, es que yo sé que no estoy en embarazo, ¿para qué iba a ir?”, le respondió en el teléfono. Isabel no podía ignorar que algo dentro de sí le decía que el procedimiento de inseminación artificial al que se había sometido quince días antes había fallado, y estaba desanimada.

El sábado, al mirar su despertador que sonaba insistente desde muy temprano, decidió faltar a la cita de prueba de embarazo. El domingo su período menstrual le manchó la ropa y le confirmó la certeza —hasta ahora intangible— de que no estaba embarazada.

Aunque la noticia la golpeó duro quiso intentarlo de nuevo lo más pronto posible. Tan pronto le llegó su período, empezó con la serie de inyecciones diarias para hiperestimular la producción de ovarios, eso le puso el cuerpo como una batidora de hormonas. Después de la quinta inyección, fue a la clínica para que le hicieran una ecografía con el fin de comprobar que la bolsa donde se alojaban sus óvulos estuviera creciendo: tenía el tamaño esperado. Isabel soportó un último aventón hormonal de gonadotropina en una inyección que hizo que sus ovarios liberaran los siete óvulos que había logrado producir.

A las 36 horas estaba de nuevo en el consultorio médico en posición ginecológica. Otra vez sintió que la penetraba un tubo delgadísimo y que una descarga de medio centímetro cuadrado de espermia viajaba hacia sus entrañas por segunda vez.

“Te quedas diez minutos ahí, y en ese tiempo se te viene el universo en la cabeza. Uno dice: ‘¿qué está pasando en ese momento? ¿Cuántas células entraron en mí?’. Son diez minutos para pensar, bien extraños. Total, salí y me fui a trabajar...”. Su vida debía continuar porque el deseo de tener un hijo tenía que alimentarse de la estabilidad económica que ella pudiera garantizarse para terminar el procedimiento médico y, luego, disfrutar de ser madre soltera.

Estuvo híper sensible durante semanas a causa de los medicamentos que habían elevado sus niveles hormonales al doble o triple de lo normal, y que le habían hecho producir todos los óvulos de seis meses en menos de uno. Entonces descubrió que estaba embarazada.

“Fue un instante. Estaba en un semáforo y lo sentí, cuando lo sentí dije 'estoy en embarazo. Estoy... Dios mío, ¡yo estoy en embarazo! ¡Funcionó! Lo sentí, te lo juro”. Isabel señala un lugar en su pecho donde sintió que ya no era nunca más una sola persona. “Es como una chispita en el corazón. Un poquito como cuando estás enamorada”, dice. Meses más tarde, ese fueguito se llamó Salvador, como lo había resuelto desde niña.

—Cuando estaba en embarazo me encontré con esos sueños de niña, y cuando me enteré que era varón dije: ‘ese es el nombre que yo siempre he querido’ —.

—¿Te dio emoción? ¿Querías un niño? —.

—Yo me imaginaba cualquiera de las dos opciones [niña o niño], pero sentía que sí me hacía falta equilibrar un poquito esa parte masculina. Yo les digo a mis amigas que no me imaginaba que el hombre de mi vida lo fuera a parir. En todos tus planes de vida nunca te imaginas que ese príncipe azul vaya a salir de ti —.

Una cuenta

Miro a la médica sin saber todavía cómo formular bien la pregunta. ‘¿Cuánto cuesta un hijo?’, eso es lo que quiero preguntarle. “Puede estar por los cuatro millones de pesos”, responde ella al rato.

Previo a todo el procedimiento médico, la futura madre o pareja se somete a una entrevista psicológica donde expone sus expectativas con el embarazo. Todo hace parte de una alquimia sofisticada: el fruto del deseo y la tecnología.

—Pero digamos que no es una audición. ¿Ustedes no les dicen que no pueden, o sí? —.

—A veces, pero son cosas realmente súper críticas. A veces depende de la edad de la mujer. Otras veces son mujeres que vienen y se han hecho ocho o nueve procesos en otras clínicas y uno les dice: 'señora, con todo el gusto y con todo el amor se lo hacemos, pero usted está botando su plata' —.

El procedimiento de Isabel costó “más de diez y menos de veinte millones” de pesos. Esa cifra imprecisa incluye la muestra anónima de esperma que le compró a la clínica, los exámenes adicionales que se hizo para verificar su fertilidad, los medicamentos de los dos intentos que hizo para quedar embarazada y las dosis extras de hormonas que necesitó para su segundo intento.

Pero Isabel no es una persona que quiera hablar mucho de la cuenta que pagó por la búsqueda médica de un hijo. Quizás la cuenta es algo mucho más emocional para ella. “Te felicito por ser tan coherente con tu vida”, le dijo su padre tiempo después. “Lo lograste hacer como querías y no fuiste en contra de tus principios, sino que lo hiciste de manera coherente a lo que sos...”. Ella lo sabe. “Había otras formas”, dice.

Las tres madres

El viento agita el cabello de Isabel y mueve levemente el suéter gris que lleva puesto. Estamos sentadas en las mesas exteriores de un centro comercial de Medellín donde ya casi anochece. “Dígale a mucha gente que se puede, a muchas mujeres que quieren ser mamás y se acuestan con borrachos o que lo hacen con la persona que no deben, que hay otras opciones muy bonitas”.

En segundos, Isabel se convierte en una silueta de *jeans* y tenis que se aleja dentro del centro comercial mientras que el viento se vuelve un susurro más fuerte en el exterior. “En esta heterosexualidad a veces pensamos que sólo hay una única opción, que de hecho es una buena opción, la más fácil”, dijo instantes antes de irse. Su silueta es ya casi imperceptible en la distancia.

“Hay muchas mujeres, tengan la preferencia sexual que tengan, para las que la maternidad es un sueño que no se atreven a cumplir sencillamente porque creen que depende de otro”, remató.

Eso es relativo, intuyo, tan relativo como la imagen de Isabel que se forma a la distancia. La historia de maternidad que acaba de contarme, sentada en ese centro comercial con el viento a su favor, tiene el poder de hacerla sonreír y recogerle la piel alrededor de sus ojos.

A la maternidad de Vicky la irradiaba las expectativas de su propia madre. “Al principio le dio muy duro. Ella esperaba que la hija se casara, tuviera hijos, le daba trabajo asumir frente a las amigas que la hija fuera madre soltera”. Vicky era una profesora universitaria dedicada enteramente a sus intereses intelectuales, a cultivar sus gustos y su trabajo. Ser así era raro, quizás, pero tampoco deseaba ser otra cosa.

Esa convicción le trajo también sacrificios cuando fue madre, como hacer largos viajes de trabajo lejos, muy lejos de su casa y de su hija. Pero los sorteó con amor y con palabras.

“Yo le grabé un casete con las mismas canciones y cuentos que yo le contaba por las noches, porque eso le daba seguridad para dormir. Le dejé ese casete y me fui como dos semanas para el Chocó, plena selva”, recuerda sonriente, con el mismo tono de voz pausado que ha usado durante la hora larga de entrevista, frente a mí en una sala de estar del edificio de investigación docente donde trabaja.

—¿No te llegaste a sentir como un bicho raro en algún momento? —.

—No. Distinta tal vez. O más arriesgada, no sé —.

Su riesgo fue usar la palabra como parto y la independencia como acto de amor. Antes de adoptar a su hija estuvo enamorada mucho tiempo de un hombre hasta el dolor. Lo amaba, pero también sabía que no podía quedarse junto a él sólo por cultivar un apego sin rumbo. “Nunca me he sentido que para ser persona necesito una pareja al lado, yo me siento completa. Si estoy con un hombre delicioso, rico, yo no detesto a los hombres, pero yo digo que cada uno tiene que hacer su camino y la felicidad está en las manos de uno”. Esas palabras hacían eco en el ambiente cuando apagué la grabadora.

Bogotá está poseída por una luz pálida, el sol cálido fue sólo un brote mañanero. Cecilia hace un silencio. “Estamos unida por el corazón”, recuerda que le dijo su hija cuando tenía cuatro años y ella debía viajar mucho por su trabajo en la editorial. Aunque estaba angustiada por tener que dejarla días enteros al cuidado de una empleada doméstica, tenía claro que ella era la única proveedora de la casa y que por eso vería buena parte del crecimiento de su hija a distancia.

En medias, con el peinado un poco estropeado por el sueño de la noche anterior, Cecilia recuerda esas palabras que su hija le dijo entonces porque le brindaron la paz que necesitaba para intercalar la maternidad con el trabajo. Junto a ella la gata sigue durmiendo, apacible, igual que las fotografías de Cecilia y su hija que hay dispuestas en la

sala y las paredes del apartamento. Esas imágenes son testigos de la intimidad de su vida, algo liberada por la distancia que el tiempo le ha dado a Cecilia para hablar sobre su elección de maternidad. Las paredes hablan y, ahora, ella también.

“Te amo mi tesoro”, puso al final del mensaje en el chat y lo compartió con todos los demás en el grupo de WhatsApp.

Los protegidos

Ese día María Eugenia las vio llegar. Las visitantes atravesaron los pasillos vestidas con las telas negras y pesadas que cubrían sus siluetas andantes. A ella, una muchacha inquieta y escurridiza a los cariños que los muchachos del pueblo le insinuaban, el grupo de mujeres italianas la cautivó.

Las hermanas franciscanas llegaron al colegio de María Eugenia Montoya un día de 2001, cuando ella tenía quince años. Tan pronto las escuchó hablar de la obra religiosa a la que dedicaban su vida entera, cuidando niños y ancianos desamparados, María Eugenia sintió que pertenecía a ese grupo de mujeres.

No dudó. “Estaba en octavo y fueron a hablar de la comunidad, que quién tenía inquietud para hacer proceso vocacional con ellas. Dije que yo”.

Se ofreció a esas enviadas de Dios de acento mediterráneo siendo la hija intermedia de una familia de nueve hermanos. Tomó la rebeldía que empezaba a caracterizarla en Ciudad Bolívar, el pueblo del Suroeste antioqueño donde creció, y envolvió en ella el deslumbramiento de su encuentro con aquellas religiosas.

Había vivido toda su vida en aquel pueblo nombrado la “cuna de arrieros” de Antioquia y al iniciar su noviciado allí empezó a sufrir las dificultades de aislarse para Dios en el mismo lugar donde había forjado sus amistades. “Esa formación italiana es muy dura, y mis amigos me hacían mi vida más difícil porque iban allá de sorpresa. Entonces, lo que para ellos era una sorpresa me perjudicaba en mi formación porque las hermanas decían que no yo no estaba suficientemente comprometida para estar en la comunidad”.

Llevó su proceso con paciencia y compromiso, con todo y que ella era indómita para una institución rígida como la de las religiosas católicas. “Toda la vida me han dejado como esperando porque yo sí o sí, desde el aspirantado, era de las que lideraba. Entonces empecé

a cuestionar muchas cosas y a las hermanas eso les generaba bastante duda”. María Eugenia sonríe con el rostro pequeño enmarcado por la cofia blanca que oculta su cabellera y tensa su frente bajo el velo negro.

Desde afuera, los vecinos la saludan. “Hermana”, le dicen al verla desde la entrada de la tienda. El pequeño establecimiento, repleto de productos comestibles y el sonido estridente de un televisor, está a unos pocos metros del internado femenino en Girardota, Antioquia, donde María Eugenia ejerce su vocación religiosa hace quince años. Tan sólo unos minutos antes, la hermana se despedía de un puñado de niñas que revoloteaba en torno a ella mientras las retenía en la puerta del internado con una voz dulce.

“Cuando me trasladaron para esta sede ya la cosa cambió porque empecé a tener liderazgo. Entonces me dijeron: ‘Usted se va a encargar de estos grupos de niñas’”. María Eugenia llegó al Hogar Santa Clara en 2004, entonces la fraternidad de las hermanas franciscanas llevaba 27 años de haber llegado a Colombia, luego de que sus tres fundadoras se radicaran en Copacabana, un municipio cercano a Medellín.

En la subida que se desprende desde la autopista hacia una carretera rural, un rosario de letreros viejos enmarcan la colina cada tanto: “no matarás”, “no dirás falso testimonio”... Ellos y unos cuantos carteles de propaganda política de las elecciones locales, que se avecinan, custodian el camino hacia el Hogar Santa Clara, en la vereda San Andrés de Girardota.

La estructura maciza de ladrillos cafés y vidrios esmerilados tiene las puertas abiertas, un pequeño vestíbulo y una puerta grande de madera que separa el exterior del centro del internado.

“A mí puertas cerradas no porque esto no es una cárcel. La que está, está convencida de que quiere cambiar y de que quiere aprovechar la oportunidad, que puede ser muy dura al inicio y puede ser muy buena al final”, dice la hermana.

El Hogar

La mayoría de niñas que viven en el Hogar tiene entre 12 y 18 años. Son adolescentes en “la edad crítica, que es la edad más vulnerable por lo cual llegan aquí a la institución”. La vida de estas niñas se acomoda a un ritmo diario estricto donde todas se levantan a las cinco de la mañana y se acuestan a las nueve de la noche. Juntas, como si fueran hermanas, aprenden a llevar la vida lejos de su familia biológica, de la que fueron retiradas por alguna desprotección de derechos identificada por el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF).

En setiembre de 2019, el Hogar dirigido por religiosas era la casa de 144 niñas allegadas allí por orden de un defensor de familia para recibir alimentación segura, educación, cuidado y protección. Así que, por las mañanas, cuando las hermanas hacen el llamado de madrugada, las niñas se bañan, desayunan, ayudan en las labores de aseo y van a estudiar a un colegio cercano que queda a unos cuantos minutos caminando desde el Hogar.

El internado no sólo es un lugar para dormir y convivir en grupo, pero desde sus amplios espacios exteriores es imposible leer la intimidad que está tras de la puerta grande de madera controlada por un lector automático de tarjeta con la que la hermana y el personal administrativo del Hogar entra y sale. Por esas paredes divisorias han llegado y se han ido niñas llenas de historias difíciles y de sueños que, a veces, gravitan más entorno a sus realidades propias que a las paredes del Hogar.

“Esta es una medida extrema. Digo extrema porque vivir con 144 niñas no es fácil, y estar ausente de su familia no es fácil. Comer al montón no es fácil, dormir en medio de

una cantidad de camas debe ser muy duro, levantarse todas a las cuatro de la mañana es tenaz”. La hermana dice que no sólo se trata de ofrecerles un techo, también de garantizarles actividades complementarias que les brinden herramientas para enfrentar la vida con autonomía cuando salgan del Hogar.

Muchas de ellas aprenden corte y confección, panadería y belleza en los talleres que reciben del Servicio Nacional de Aprendizaje (Sena) durante las jornadas complementarias a su educación secundaria. Las que son más pequeñas, y hasta ahora están en primaria, toman clases de teatro y deportes al salir de sus clases en la escuela.

Dentro del Hogar hay un patio grande y techado, rodeado por largos pasillos que forman balcones en los pisos superiores. Hoy las niñas han puesto a secar sus toallas sobre los muros del balcón del segundo piso y el colorido rojo y naranja de las telas contrasta con la luz pálida que se cuele por el tejado translúcido.

La casona del Hogar fue donada a la comunidad antes de que María Eugenia llegara allí convertida en religiosa. En ese lugar ella ha acompañado el proceso de casi 90 niñas, algunas viven entre esos pasillos durante años, otras tan sólo meses. El tiempo es un factor que decide el ICBF después de estudiar detalladamente cada caso y de determinar si una familia ofrece o no las garantías necesarias para el cuidado y protección de una niña. Una vez que restablezcan las condiciones de alimentación, salud, seguridad, educación y, en general, un ambiente que proteja los derechos establecidos por la ley para un menor de edad, las familias de las niñas del Hogar pueden recuperar la potestad de cuidar a sus hijas bajo su propio techo.

“Es allá”, señala la hermana con el brazo. A unos metros se divisa una pequeña placa deportiva techada y rodeada por paredes de malla metálica. Cada quince días, las niñas reciben allí la visita de su familia biológica: madres, padres, hermanos, tíos, abuelos y parientes separados de ellas por orden de una “autoridad administrativa competente”,

como un defensor de familia o un inspector de Policía. Estas “familias de origen”, como son tratadas por el ICBF, atraviesan un proceso de observación mientras sus hijas están al cuidado del Estado en alguna de las “medidas de apoyo y fortalecimiento” que ofrece la institución dentro o fuera del entorno familiar.

“No, eso no es tan libre porque hay mamás que todavía no logran entender las dinámicas, incluso, llegan y se llevan las niñas otra vez donde el abusador, entonces hay que ejercer un poco más de cuidado ahí”, explica la hermana sobre las visitas a las niñas del Hogar. En Colombia una familia puede perder la custodia de sus hijas menores de edad por cualquier tipo de violencia comprobada hacia ellos: abuso sexual, desnutrición, falta de escolaridad, explotación laboral o por compartir con ellas espacios riesgosos como el consumo de sustancias psicoactivas.

Es por esto que las niñas que están al cuidado del Hogar Santa Clara en Girardota tienen tras sí historias familiares muy diversas y en muchos casos adversas, todas evaluadas por el ICBF a la luz del Código de la Infancia y la Adolescencia y del Código Civil colombiano. La ley se encarga de convertirlas en hijas del Estado temporalmente para garantizar sus derechos, aunque muchas de ellas crecerán bajo ese único amparo el resto de su vida y jamás volverán a ser hijas de la madre que las dio a luz.

El Hogar Santa Clara es una de las casas del Estado para sus hijas. Es una medida de protección que Bienestar dispone por fuera de la familia de origen de las niñas para protegerlas. Aunque la ley colombiana reconoce que un niño debe estar siempre con su familia, también establece que la única excepción para ello es que esa permanencia afecte sus derechos fundamentales. A veces la familia es un infortunio. Entonces, el Estado ordena a entidades como Bienestar intervenir en la vida familiar de la niña cuando algún ciudadano —familiar, vecino, profesor— pone una denuncia contra la familia de la niña porque considera que pone en riesgo su vida o integridad.

Lo primero es verificar. Un defensor de familia tomará a su cargo la verificación de la denuncia apoyado por un equipo de psicólogos, nutricionistas y trabajadores sociales. Se trata de encontrar argumentos para decidir el riesgo de la niña. Estos funcionarios del ICBF evaluarán el grado de vulneración de la niña y el cumplimiento de las obligaciones de sus familiares a cargo como tenerlas afiliados al sistema de salud y educación. Cuando este escuadrón de control familiar detecta alguna vulneración, el defensor de familia o comisario abre un proceso de “restablecimiento de derechos” que no puede ser apelado y por medio del cual se ubica a la niña en alguna de las medidas de protección de Bienestar, ojalá temporal, como el Hogar de la comunidad de María Eugenia.

Las niñas que llegan a la casona del Hogar Santa Clara en Girardota saben que un defensor de familia consideró inviable su vida con sus familias. Algunas llegan con la promesa de retornar a la casa materna en pocos meses, otras añoraran la promesa de adoptabilidad que el Estado les otorga para ir a vivir con una nueva familia.

La madre

María Eugenia no es madre. Su útero ha desgarrado la posibilidad de serlo cada mes como cualquier otra mujer, sin embargo, sus entrañas están consagradas a un padre que no quiere engendrar en ella hijos. En su lugar, ella tiene a su cargo las hijas del Estado. Un centenar de niñas a las que ve levantarse, ir a estudiar, comer, crecer, dormir.

Las niñas del Hogar se crían bajo la potestad del Estado y este se encarga de tercerizar su cuidado en instituciones y programas que toman el rostro de funcionarios y operadores de servicios. Una hija del Estado, como es nombrada una menor de edad a cargo del ICBF, depende enteramente de lo que este designe mensualmente para su comida, su educación y su vestuario. Con el tiempo, algunas de ellas llegarán a los 25 años y aún vivirán bajo esa custodia, terminarán la Universidad y consolidarán una opción laboral o de emprendimiento que les permita emanciparse de su madre de papel.

Cuando era jovencita e iniciaba en la vida religiosa, las hermanas mayores le preguntaron a María Eugenia y sus compañeras si querían ser mamás, si se sentían llamadas por el destino asumido con devoción por la Virgen María en cuerpo y alma, convertido para ellas solo en una posibilidad del alma.

“Ah, sí, nosotras queremos ser madres y de hecho las niñas nos ven a nosotras como unas mamás, pero como ese don, esa maternidad, que Dios nos dio a través del cuidado y del servicio”, dice ahora que tiene 33 años y un traje negro y pesado como el que la cautivó cuando tenía 15.

Las hermanas franciscanas ven la maternidad como una expresión de los votos de castidad, pobreza y obediencia que hacen al momento de consagrarse a la vida religiosa. “Desde la castidad aceptamos que no vamos a tener una pareja, ni una familia, y que estamos todas para Cristo. Esa decisión se materializa a través del servicio”. A diferencia de otro tipo de comunidades religiosas, la de María Eugenia dedica la vida al trabajo social por los menos favorecidos en lugar de consagrarse exclusivamente a la contemplación y a la oración.

Entre los rasgos algo infantiles del rostro de la hermana se escapa la mujer servicial que convive con un Dios de acciones concretas. No sólo es la hermana con el hábito que la hace verse siempre como la fotografía de un mismo día, sino que es la mujer que tiene el don de convertirse en madre cada que una nueva niña llega al Hogar y la llama “hermana”.

“Deja un valor tan grande que genera satisfacción de vida. No siempre cuando tú eliges ser madre fue porque lo planeaste. Pero cuando te logras dar, tener un hijo sin parirlo, es distinto porque estás dando el corazón”. De haber sabido que los bríos infantiles que le dieron tantos problemas con su mamá cuando niña —y que la hicieron merecedora de tantos regaños de las monjas—, la llevarían a convertirse en religiosa y madre, María

Eugenia les hubiera respondido aquella vez a las hermanas que ella sería la madre de un centenar de niñas.

Los hijos de los otros

La tarde empieza a apagarse sobre la húmeda calle. El barrio está recogido luego de la lluvia y los angostos escalones de la unidad residencial apresuran el paso hasta la casa de Sandra. De la pequeña puerta sale ella y unos cuantos gritos de los niños que juegan dentro. Es viernes y en las paredes de las casas vecinas se escurre lenta el agua que dejó un nubarrón.

Sandra Gutiérrez carga al pequeño niño en sus brazos mientras acomoda el espacio de su sala para la visita. Adentro el mobiliario sencillo de madera y vidrio hace el ambiente acogedor, hay un sofá modular y unas cuantas fotos en la pared.

La mujer es una madre experta, aunque sólo lleva dos años y medio de haberse convertido en una de categoría especial en la que cada hijo que alza en sus brazos tiene la condición de ser pasajero. A su cargo tiene tres niños pequeños: uno que apenas camina y se mueve inquieto por la sala, otra que no supera los siete años y un bebé de tan sólo meses de nacido. Su casa en el barrio Florencia en el norte de Medellín es uno de los 1.118 hogares sustitutos del ICBF en Antioquia.

Un hogar sustituto es una modalidad de protección del ICBF creada en 1970 para atender a niños y niñas a los que les han sido vulnerados sus derechos y deben vivir lejos de sus familias biológicas temporalmente mientras estas pasan por un proceso temporal de vigilancia y acompañamiento del Bienestar para volver a ser considerados entornos protectores para sus hijos.

En Colombia este tipo de hogar es vigilado por el ICBF y administrado por unos operadores privados que se encargan de seleccionar a las familias que harán las veces de

hogares sustitutos, de acompañar la tarea de crianza y protección de los niños, y de entregarles los recursos que el ICBF les asigna periódicamente.

Cuando Sandra decidió ser madre sustituta ya era madre de una jovencita de 18 años y de un adolescente de 16. Se había casado muy joven y extrañaba las tareas de la maternidad temprana en la que los niños son pequeños y dependen mucho más del cuidado materno. “Cuando yo empecé a ser madre en esto me la pasaba sola todo el día. Entonces me dije por qué ese tiempo que me queda libre no se lo brindo a alguien que lo necesite y quién más que estos chiquitos”.

Convertirse en madre sustituta implica un proceso meticuloso de selección. La reglamentación del ICBF indica que la madre postulante y su familia deben someterse a la observación de un equipo evaluador que verificará que sus ingresos sean suficientes e independientes al dinero que asigna mensualmente esta institución para el sostenimiento de los niños a su cargo. Este mismo equipo le hará a la familia una entrevista psicológica y enviará unos visitadores a su casa para verificar la infraestructura instalada de su vivienda.

Al final del proceso, la madre sustituta aceptada recibe una resolución expedida por el centro zonal del ICBF que certifica su disponibilidad para recibir niños a cargo de esta institución: hasta tres o dos si se trata de menores de edad con alguna discapacidad.

El proceso de Sandra y su familia duró casi seis meses. “Muy lento”, según recuerda ella a quien la ansiedad comenzaba a invadir por no tener respuesta después de las pruebas y visitas a su casa. Las características de la vida familiar de Sandra se acoplaron fácilmente a los requisitos del ICBF pues el de ella es un hogar de clase media sostenido por el dinero que recibe mensualmente su marido de un trabajo estable; y que tiene, además, una vivienda propia y una tradición de cuidado que ha sabido garantizar bienestar a sus hijos. Sandra quería compartir ese bienestar con otros hijos.

—¿Y cómo fue eso? —.

—Un día cualquiera, un fin de semana que es donde estábamos todos. Pues les hablé a mis hijos, hemos sido una familia muy unida. Iniciamos un proceso en el cual estaban vinculados mi hija que era mayor de edad, mi otro hijo, mi esposo y yo. Fue como el primer paso: hablar y quedar de acuerdo —.

Al final de la espera, una llamada telefónica le avisó a Sandra que estaba lista para ser la madre de los hijos de otros.

Los NNA

La persona que se encarga de la central de cupos del ICBF Antioquia es una mujer. Todos los viernes en la tarde la funcionaria hace una llamada telefónica a los operadores de Antioquia que tienen hogares sustitutos a su cargo para monitorear el número de niños, niñas y adolescentes (NNA) activos en el programa al cerrar la semana. Esa misma llamada la repite todos los lunes a primera hora para verificar las novedades de retiro que ha habido durante el fin de semana e identificar cuántos cupos libres puede asignar durante la nueva semana a los comisarios de familia que se los soliciten.

La sede de la oficina Regional de Antioquia es una edificación grande de estructura ochentera y espaciosos corredores. El aire de construcción antigua ha sido atenuado con los ventanales internos de vidrio que permiten divisar desde las escaleras a los funcionarios trabajando en sus cubículos llenos de papeles, computadores y teléfonos.

El tercer piso es conocido como “el de protección” porque es el lugar de los funcionarios que administran y atienden los programas de atención especializada para niños, niñas y adolescentes del ICBF. Estos programas son medidas de protección que Bienestar dispone para los menores de edad que han sido violentados o desprotegidos por sus familias; entre ellas los internados y los hogares sustitutos.

Ha sido una mañana golpeada por un sol lánguido y el ambiente enfermizo del smog alcanza a colarse por la ventana de la oficina del tercer piso. La funcionaria frente a mí conversa un breve momento por teléfono con su compañera de la central de cupos que está varios cubículos más adelante, al regresar su atención hacia mi silla me observa con desgano. Es de mediana edad, lleva el cabello recogido y una blusa oscura.

El teléfono que no para de sonar y los casos que atiende de NNA y madres sustitutas en ese momento demoran nuestra conversación hasta el cansancio. Al colgar el teléfono con la mujer de la central de cupos sabe con seguridad el nivel de ocupación para ese día de inicios de noviembre de 2019: 2651 cupos, 14 menos que el tope máximo.

De acuerdo a los registros del ICBF Antioquia de septiembre 30 de 2019, en Medellín había 595 hogares sustitutos, los cuales representan el 53% del total de hogares de esta modalidad en el departamento de Antioquia. En esos hogares están ubicados 2007 NNA: 995 niñas y 1.012 niños. La funcionaria asegura que este programa tiene asignado un presupuesto anual de 42 mil millones de pesos y que es la primera cuenta que el ICBF paga según una directriz enviada desde la sede nacional de esta institución, ubicada en Bogotá.

Luego de ICBF, la sigla 'NNA' es una de las más usadas en la jerga de los funcionarios públicos del Bienestar Familiar. Dentro del edificio de la Regional Antioquia, las tres letras de 'NNA' engloban el propósito último de su labor diaria en esas oficinas con paredes de vidrio, también la de Sandra en su casa del barrio Florencia. Se trata de una entidad nacional que atiende los casos más crudos —y a veces insólitos— de menores de edad desprotegidos por aquellos mismos que los trajeron al mundo o que tienen a su cargo el deber criarlos en entornos seguros.

—¿Y por qué tienes fotos de ellos? —. En las fotografías de la pared los niños miran a través del papel brillante —.

—Bueno, esos son niños que tuve. Si bien todos nos marcan porque dejan una huellita, estos son como los niños que nunca tuvieron visita de su familia biológica, entonces uno los hace más de uno —.

Sandra sabe que una de las cosas que más difíciles de asimilar como madre sustituta es el apego con los niños. Ahora tiene tres pequeños y casi siempre ha tenido a su cuidado niños y niñas que no superan los trece años de edad. Tres de ellos aparecen en las fotografías que están colgadas en la pared de la sala, fueron niños que llegaron a los brazos de Sandra en condiciones de desprotección y con los que ella se encariñó mucho mientras los cuidaba en su casa.

“Lo que el ICBF quiere es, precisamente, ubicar estos niños que no pueden estar con su familia en un ambiente familiar y por eso entonces preferimos esta modalidad. Las mamás sustitutas cumplen un rol de mamá, pero es muy importante que ellas sepan que es un rol temporal”, dice la funcionaria que por fin ha dejado de recibir llamadas. Desde esa oficina le es posible mirar con distancia suficiente la labor de Sandra para vigilar y hacer cumplir los protocolos del lineamiento técnico “de modalidad para la atención de niños, niñas y adolescentes con derechos amenazados o vulnerados”, con el que se rigen las actividades de los hogares sustitutos y otras modalidades de restablecimiento de derechos del ICBF.

Sandra y las demás madres sustitutas colombianas no son consideradas servidoras públicas ni funcionarias del ICBF, por eso no reciben un salario mensual, aunque sí una retribución económica del Estado. Desde 2013, el ICBF les compensa a ellas su “servicio personal prestado” con una beca económica equivalente a un salario mínimo mensual. Un dinero mensual cercano a los 800 mil pesos en 2019 que pueden gastar en lo que quieran.

Una de los factores más vigilados de un hogar sustitutos son las cuentas. Cada mes el hogar recibe una asignación cercana a los 400 mil pesos por cada NNA a su cargo, dinero que debe invertir exclusivamente en su alimentación, transporte y gastos médicos. Aunque el ICBF no considera el dinero como una motivación esencial de las madres sustitutas, este sí es un componente cotidiano de su labor, pues ellas deben tener total disposición para atender a los niños 24 horas del día, todos los días, sin trabajar en otra actividad y administrando la cuota mensual del ICBF como un recurso casi sagrado.

La funcionaria va del computador al teléfono, ya casi completa la primera jornada de su día laboral en la regional Antioquia del ICBF y sus compañeros se disponen a almorzar en el casino del primer piso. “Para madre sustituta necesitamos a una mujer que esté en la casa, que no trabaje y que pueda cumplir con ese rol de mamá”. El programa de hogares sustitutos acoge —en su mayoría— a mujeres madres casadas que admiran la maternidad y el cuidado familiar, sin embargo, no es excluyente con personas solteras, viudas o casadas sin hijos que quieran ofrecer su casa como hogar para los niños del ICBF, y que cumplan con todo el proceso de selección.

Las tareas de una madre sustituta desbordan, incluso, lo que una madre biológica aprende criando a sus propios hijos. Además de la crianza tradicional, las madres sustitutas deben llevar un estricto itinerario de registro de sus actividades y un archivo personal de cada niño con los documentos de sus citas médicas, de su actividad escolar y de las salidas o visitas de sus tiempos de recreación.

—He notado que casi siempre hablas de madres sustitutas en estratos no mayores de tres ¿Es porque se trata de hogares sustitutos con madres amas de casa? —.

—De pronto puede ser eso, que uno en otro estrato socioeconómico puede encontrar que es una mujer que trabaja y que no tiene esa disponibilidad de tiempo —.

Aunque la funcionaria no tiene un registro formal de la distribución de las madres sustitutas por estrato socioeconómico, los años que lleva vinculada al programa de hogares sustitutos le han permitido establecer que la mayoría de hogares están ubicados en barrios de estrato tres y en familias nucleares donde el sostenimiento económico depende del padre, mientras el cuidado diario de los hijos recae en la madre.

Sandra no es veterana, las expresiones de su rostro permiten leer que aún no ha llegado a los cincuenta años. La edad no es un impedimento para ser madre sustituta. Según la explicación de la funcionaria del ICBF, cualquier mujer puede serlo desde que tenga ‘salud y vida’ para responsabilizarse de los niños de la institución. De hecho, la funcionaria recuerda a un par de hermanas solteras jubiladas que vivían juntas y que convirtieron su retiro laboral en la posibilidad de ser madres sustitutas.

Todos los días, Sandra madruga a arreglar la cocina y los alimentos de su familia completa, incluyendo los tres niños a quienes ella trata como sus hijos. Diariamente lleva una juiciosa jornada de cuidado y acompañamiento que incluye visitas al hospital, a los centros de desarrollo a los que van los dos niños pequeños, a las reuniones de seguimiento con su operador, y, a veces, despedidas con llanto luego de colgar una llamada que le avisa la salida de unos de los niños de su hogar.

“Yo lloro con todo el que se va. A mí me dicen: 'Usted nunca va a aprender, doña Sandra'. Y sí, porque es que igual para mí se convierten en mis hijos. Me duelen cada uno que se va”. Los niños que Sandra ha visto irse no regresan, ni vuelven a visitarla. “No, es que esta labor es muy linda, pero es muy dolorosa. Siempre he dicho que es muy dolorosa la parte cuando le dicen a uno: ya, se va”.

Los protegidos

—¿Y qué sería lo ideal? —. La hermana sonríe.

—Lo ideal sería la prevención. Que primero se trabaje con familias, que haya focos de familias en el barrio donde se pueda llegar a trabajar antes de que las niñas entren a protección, o sea, tratar de prevenir que un hijo sea desagregado de su familia y llegar a un medio como este, e incluso, hasta a un hogar sustituto. La idea es que se conserve siempre la familia unida, crecer en familia, permanecer con las personas que yo amo —. El día está alzado en calor y ella lo ignora con su traje negro —.

La hermana María Eugenia aprendió a criar y proteger niñas en una familia poco convencional en la que el padre y la madre son Dios y el Estado. Ella, la hermana, tiene una figura maternal que cumple con el corazón atado a la tierra. Es religiosa y también psicóloga. Es hermana y también madre.

Desde 2015 el Hogar Santa Clara dispuso que uno de sus servicios fuera el de atender niños y niñas como operador de hogares sustitutos. Después de años de experiencia en el internado, la hermana María Eugenia asumió la responsabilidad de coordinar el programa de hogares sustitutos al que le fueron asignados 451 NNA por medio de un contrato con el ICBF. No sólo es la monja que cuida a las hijas del Estado mientras pasa el tiempo ordenado por Bienestar, sino que es la administradora encomendada por su comunidad religiosa para reclutar nuevas madres sustitutas, hacer jornadas de sensibilización en barrios y veredas, y visitar algunas veces a familias biológicas que están identificadas como entornos críticos para las niñas a cargo del Hogar.

“Los hogares sustitutos son un hijito del internado. Pese a que aquí en el internado hacemos un esfuerzo muy grande a que no se pierda la representación de familia, nunca se logra ese objetivo porque, de todas maneras, todas las niñas se levantan a las cuatro de la mañana, todas se van a estudiar, todas llegan, entonces digamos que era un ritmo que no me convencía suficientemente para el desarrollo de la personalidad de las niñas”.

Continúa sentada en la tienda donde el televisor opaca su voz con una noticia sobre el presidente venezolano. Fuera del Hogar unas materas desbordadas por el verde de las plantas contrastan con el color opaco de las paredes de ladrillo de la entrada principal. El Hogar es un recinto silencioso separado de los billares de la autopista central por una colina y un puente viejo de concreto enmohecido.

María Eugenia es una experta de las despedidas, así como Sandra. Ambas son madres de un tipo especial de hijos protegidos, a los que gobierna una ley diferente a la ley de la vida donde todos nacen y crecen cogidos de la mano de una madre que los dio a luz.

—¿Qué deja la experiencia de decidir la maternidad por fuera de la biología? —.

—“Pues, genera satisfacción de vida. Es una satisfacción total ver a las niñas a quienes yo acompañé desde una etapa de vulnerabilidad cuando llegaron sin saber absolutamente nada, sin conocer lo que eran las tres comidas del día. Es empezar por garantizarles lo básico, enseñarle que la vida se puede ver de manera distinta —.

Sandra adopta una postura mucho más relajada. Sobre el sillón del primer piso de su casa deja algunos juguetes que los niños le han traído desde el suelo. El niño más inquieto respira haciendo un gelatinoso sonido por la garganta. Ella los cuida 24 horas. Los cuida, incluso, en medio de sus sueños interrumpidos porque debe estar pendiente del pequeño al que se le “olvida respirar” a causa de la afectación respiratoria con la que llegó al hogar.

Los protegidos de Sandra viven con ella y su familia en todo momento. Las vacaciones son sus vacaciones, las celebraciones son sus celebraciones, los cumpleaños son sus cumpleaños. La vida cotidiana los encierra a ellos en una familiaridad casi sanguínea. Cuando llegan a sus brazos, estos niños saben a su manera que ella es el rostro del Estado porque, aun cuando para muchas cosas el Estado es una figura acéfala, en el caso de ellos todavía tiene los ojos y oídos puestos para garantizar sus derechos.

—¿Que a mí nadie me lo paga...? A mí no me importa que nadie me lo pague, Karen. ¡Yo me siento bien con eso! —.

—¿Sientes que descubriste un poco tarde la vocación que tenías? —. La tibieza de la casa empieza a hacer que mi chaqueta emparamada y el cabello húmedo por la lluvia parezcan de otra realidad.

—¡Sí! Yo le decía a mi esposo, 'ay, es que yo estudié lo que no era'. Hubiera estudiado algo así con lo de los niños porque a me encantan —. A ella la camisa con los hombros descubiertos se le va bonita y hace juego con los aretes plateados que aletean como abejas en sus oídos —.

La labor de protección del Bienestar Familiar transfiere a Sandra un rígido itinerario de registro y control. Debe llevar una disciplinada carpeta personal con toda su documentación: fotocopia de la cédula, resolución original de su nombramiento como madre sustituta, antecedentes legales de ella, su esposo y sus dos hijos, el certificado de afiliación al sistema de salud... documentos que hacen de la carpeta un denso cuerpo de papel.

Después de esa carpeta saca varios folders blancos de un cuartito anexo a la sala. Cada uno tienen en el bolsillo transparente principal una hoja impresas a color con dibujos y un nombre. Cada uno pertenece a un nombre diferente. Tres en total. Los tres niños que en ese momento viven con ella y hacen del primer piso de la casa una isla tibia en medio de la lluvia. El folder más pesado está lleno de documentos médicos con la historia de la enfermedad que hace a uno de los pequeños respirar como un bosque tormentoso.

Luego de los folders, Sandra saca unos cuadernos de hojas rayadas donde escribe detalles de la crianza temporal de cada niño. Desde lo que les gusta comer, lo que los enferma, sus logros y dificultades escolares; hasta las salidas recreativas y una fotografía

mensual. Es como un cuaderno de secretos que sólo me atrevo a ojear velozmente en mis manos. Una especie de pudor acaricia las hojas que luego serán leídas, una a una, por las familias biológicas de los niños cuando recuperen el derecho de estar nuevamente con ellos, o por las familias adoptivas que los reciban con el consentimiento del Estado.

El cuaderno de los protegidos es también el certificado de un nuevo comienzo.

Ellos se van, siempre, esa es la ley. La carpeta de Sandra es la única que se queda; nuevos folders con nuevos nombres van y vienen del cuartico aldaño a su sala. Cada año Sandra puede enfrentar tres o cuatro pérdidas de hijos sustitutos, es también una rutina a la que el tiempo y el devenir natural de los trámites del ICBF la hacen acostumbrarse; un poco con brutalidad, un poco con sutileza. Al decirles adiós es también natural que nunca más vuelva a saber de ellos. Se van, es todo lo que sabe.

“Alguien me dijo: ‘¿Es que ustedes por qué se entregan tanto?’ Y yo le dije que si uno no se entrega entonces no está haciendo nada bien, porque yo no puedo tener los niños por ahí como unos animalitos: usted tenga la comida y ya. ¡No! Ellos son niños e igual que como yo cuidé a mis hijos los tengo que cuidar a ellos porque la palabra es mamá sustituta, ¿no?”.

Unos ojos con telón de fondo aguado, casi transparentes, despiden a los niños que Sandra recibe en su hogar sustituto en el barrio Florencia, arriba, entre las lomas del norte de Medellín.

Una sotana oscura, ya casi imperceptible por los años de tenerla encima, distingue a María Eugenia en el Hogar Santa Clara de la vereda Girardota. La hermana cuida en ese paraje semirural de un refugio lo suficientemente inmenso para que las niñas a su cargo superen un momento de indefensión.

Hijos y madres del Estado. Los protegidos. No lo dice la dirección, pero eso es lo que leo al salir de ambos lugares.

De nuestros vientres

Noviembre fue un mes provocador. Bogotá era una madre que escupía a sus hijos con rabia a las calles y estos salían indignados a esculpir una masa iracunda a punta de golpes de cacerola. Llegué a la ciudad en medio de los días de protesta que habían empezado el 21 y el ambiente estaba un poco tensionado, aunque extrañamente optimista.

Tenía la intención de buscarla después de haber esperado casi tres meses algún mensaje que reviviera nuestro chat de WhatsApp. Tomé el celular y le mandé un mensaje.

A Martha Rita la conocí en agosto de 2019 en una notaría del occidente de Medellín. En ese lugar hacía el papeleo de lo que parecía un contrato entre un hombre mayor y una mujer joven. La vi llegar afanosa por la calle de al frente, cubriéndose de la lluvia que empezaba a mojar el pavimento. Era una mujer de la que sólo conocía la voz, pero el abrigo largo y el bolso de mano elegante delataba a una abogada refinada en un sitio con letrero y visitantes tan austeros, así que entré tras ella.

La primera vez que supe de su existencia fue en una clínica de fertilidad en el sur de Medellín. Yo había llegado una mañana para hablar con algunas profesionales de la clínica sobre los procedimientos de reproducción asistida y ellas la mencionaron como ‘la abogada’. Como estaba en busca de indicios sobre maternidad subrogada supe que además de encontrar a las madres involucradas en ese proceso debía encontrar, también, a “la abogada” a la que tanto se habían referido las dos mujeres de la clínica cuando tocábamos el tema, el más sensible de la conversación.

En principio, la aparición de un personaje no médico en un proceso de fertilidad sobre el que había tanta reserva era llamativa. Exhaustiva reserva. Desvié un poco la conversación y pregunté por ella. Su nombre era Martha Rita Gómez Holguín y era abogada especialista en Derecho de familia de la Universidad Externado de Colombia. Era

la primera persona a la que llamaban las clínicas de fertilidad del país, según escuché decir en Medellín, cuando estas tenían un caso de maternidad subrogada en sus consultorios y necesitaban blindar el proceso legal entre los padres biológicos y la madre que facilitaba su vientre para llevar la gestación.

Escribí su número en una nota de mi celular y salí de la clínica.

La dulce espera

Bajé por el andén en sentido contrario a los carros, la avenida era una bandada de automóviles y buses de Transmilenio que cortaban el aire con alas de acero. La caminata en medio de la tarde calmó un poco la ansiedad que me daba no encontrar la dirección entre los altos muros de los edificios residenciales. Aunque Bogotá es una ciudad caótica, las direcciones son una de las pocas cosas que escapan a ese caos. Al fin vi los números que coincidían con los que ella me había dejado en el chat y bajé la vista hacia un citófono rígido.

El edificio era una construcción antigua pero bien conservada sobre la Carrera Séptima, en la zona norte de la ciudad. Entré por una reja gris que conducía a una puerta interna de vidrio y metal dorado custodiada por un celador y por algunos adornos de navidad en un vestíbulo elegante pero sobrio. Subí a buscarla. Martha Rita no había mencionado antes algo sobre su oficina, así que al descubrir la diminuta puerta de madera blanca me sorprendí ante la sencillez que rodeaba todo.

La esperé por unos minutos sentada en la fría sala frente a la puerta. El lugar era un altar a la soledad.

La mujer alta y elegante que recordaba volvió a aparecer, tomó las llaves de un bolso Louis Vuitton y abrió la puerta de la 801. Juntas atravesamos un angosto y corto pasillo como de casita de muñecas y en un segundo llegamos a un cuarto cuadrado y estrecho en el

que cabían un escritorio, tres sillas principales y dos auxiliares con carpetas blancas tejidas sobre los cojines, algunos cuadros, una ventana con persianas plásticas y una virgen embarazada.

La exótica figura religiosa era de cerámica y reposaba en el rincón izquierdo, encima de un mueble metálico, con una postura dulce y maternal que casi dolía en los ojos. Al hacer un esfuerzo para leer la inscripción en sus pies noté lo que probablemente ya era una obviedad por la protuberante barriga que brotaba de ella. “La dulce espera”, logré arrancarle a esa inscripción dorada con los ojos.

La estrella lejana

“Ese embrión sale de la cascarita, se llama eclosionar”, explicaba la mujer de uniforme azul oscuro. “Y ya empieza a invadir el endometrio, el útero, y empieza a producirse la Beta HCG que es la hormona del embarazo y así es como uno monitorea si se da el embarazo”. Sus frases compactaron casi veinte minutos de detallada explicación sobre el proceso de maternidad subrogada por medio de la fertilización In Vitro (FVI) en una de las clínicas de fertilidad más reconocidas de Medellín.

“Usualmente hay que esperar unos doce o catorce días después de la transferencia para uno evaluar si hubo un embarazo”, concluyó. La mujer era una de las cofundadoras del centro médico y hablaba del proceso con un tono de rutina pedagógica, claro e inexpresivo.

Llegué a su consultorio preguntando por la manera en que se implantan hijos ajenos en úteros subrogados o tomados prestados con autorización de su dueña. La doctora me recibió con un rastro de recelo en sus ojos porque el procedimiento médico, aunque sencillo, está lleno de detalles lentos de desentrañar frente a analfabetas médicos.

En principio, la maternidad subrogada se trata de una intervención de reproducción asistida en la que participan tres personas: la madre y el padre biológicos, y la madre

subrogada. Los dos primeros suministran su material genético —óvulo y espermatozoide— para que la segunda lo anide en su vientre luego de que se lo implanten convertido en embrión y, así, le permita desarrollarse en condiciones naturales hasta el nacimiento.

La clínica se encarga de facilitar esa transferencia genética y garantizar que el proceso sea beneficioso para todos, en especial para los padres biológicos que invierten en ello su descendencia, sus sueños familiares y una pequeña fortuna. Lo que está en juego es hacer realidad un milagro médico que es terrenalmente viable gracias a los avances de las técnicas de reproducción asistida por las que fue posible traer al mundo la primera ‘niña probeta’, concebida en un laboratorio de Inglaterra en 1978 por medio de fertilización In Vitro.

Nacer es un acto de muchos matices, lleno de cotidianidad y de reflejos biológicos, pero también de preguntas cuando el tan anhelado nacimiento se niega a anidarse primero en las entrañas propias. Se llega al mundo y esa llegada, tan natural para muchos, se convierte para algunas personas en una búsqueda de orden científico. La conquista de una estrella lejana.

En la clínica, la doctora está acostumbrada a sobrellevar ese tipo de hazañas con parejas que llegan preguntando por la posibilidad de tener un hijo con la entera convicción de que no puede ser usando los medios naturales. Hasta hace dos años, conquistar eso en su clínica era imposible pues sólo estaban autorizados los procedimientos tradicionales que involucran únicamente a los padres biológicos, pero la institución tuvo que acoplarse a las demandas del mercado. La maternidad en ese ambiente médico es un elemento de compra solo que está atravesada por el amor hacia los hijos deseados pero negados por la vida.

“Tener un bebé es como una receta: se necesitan huevos, espermatozoides y evaluar si se pueden mezclar. ¿Dónde? En la trompa de Falopio, o sea, se necesita evaluar el aparato reproductivo de la mujer”. Estábamos sentadas frente a frente en su consultorio luminoso.

—¿Estos procesos de fertilidad transforman en algo los conceptos de maternidad de la gente? —. El aire acondicionado hacía el lugar mucho más cómodo ante el sol implacable que hacía afuera.

—Yo creo que el embarazo es algo que las mujeres a veces queremos experimentar, pero los hijos son más de crianza. Un embarazo pasa como un suspiro y los hijos no, y entre más grandes más hay que acompañarlos, y toda la vida. Creo que el amor de mamá no necesariamente tiene que estar ligado a la maternidad —. Dejó a un lado el libro didáctico de colores que había usado todo el rato y se reclinó sobre su asiento. La doctora también era madre.

La 29

La puerta de la Notaría 29 de Medellín era angosta. Toda la acción que transcurría en ella pasaba por las manos de Javier Enrique López, el notario, que no alcanzaba los cincuenta años. Alto, de acento costeño y voz apasionada, firmaba maquinalmente, hoja por hoja, los documentos que los clientes de la notaría allegaban a su oficina, a un costado de las escaleras.

Al atravesarla, la puerta de la notaría era más un arco con escaleras que conducía a un segundo piso. Arriba, la primera vez que subí, me precipité sobre la mujer del abrigo largo y el bolso elegante con la intención de que fuera Martha Rita. Era morena y llevaba el cabello suelto, impecablemente peinado y perfumado, su aroma impregnaba también el recinto oficinista que languidecía a esa hora de la tarde por la rutina y los trámites que iban de un cubículo a otro de la notaría. Luego supe que era de Santa Marta pero que llevaba varios años radicada en Bogotá.

Javier y Martha Rita se conocieron en la universidad, cuando los dos estudiaban Derecho en Bogotá a finales de los años ochenta. A parte de la profesión, los dos

compartían el acento caribeño y la diligencia que se llevaba a cabo en ese momento entre un hombre canoso y una mujer joven que no se le despegaba. Martha Rita asesoraba la vertiginosa diligencia con indicaciones de firmas y pagos que su cliente hacía de su bolsillo, mientras la mujer involucrada en el papeleo lo seguía con la mirada.

—¿Cómo lo haces? —. Estaba nerviosa, pero había esperado meses para hacerle esa pregunta —.

—¿Tú sabes cuántas personas en este país quisieran tener esa información? Eso es algo que no te voy a decir —. Lo dijo tan decidida que giró todo su cuerpo para levantarse de la silla.

—No, entiendo que es como tu secreto profesional, pero necesito entender algo de cómo funciona—. Atiné a decir antes de que coronará su intención de darme la espalda por completo.

El trabajo de Martha Rita es llevar el proceso legal de la maternidad subrogada entre parejas o personas solteras y las clínicas de fertilidad de Bogotá, Medellín, Cali, Barranquilla y, en teoría, de cualquier centro de fertilidad —nacional o internacional— que solicite sus servicios híper especializados en Derecho de familia. Desde ahí se encarga de proteger los derechos de los padres biológicos sobre sus futuros hijos o hijas, y de acordar límites y garantías jurídicas y económicas para la mujer que va a prestar cuerpo con el fin de llevar un embarazo que la mantendrá ocupada y en rutinas médicas durante nueve meses.

Todo ese proceso acudiendo a la interpretación de la ley y en medio de una opacidad jurídica notable, pues la maternidad subrogada en Colombia no es un delito, pero tampoco una actividad claramente regulada.

La abogada aprendió lo que sabe, dice, después de trabajar años como comisaria de familia en casos del Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF) en el Eje Cafetero. Sabe de adopciones, filiación, pruebas de paternidad, divorcios, custodias y, ante todo, sabe de maternidad subrogada; en eso es una experta, casi la única en Colombia. Con esa mole de experiencia encima logró diseñar un proceso legal que protege los derechos de los padres sobre sus hijos cuando son traídos al mundo por medio del vientre de una madre que no es la biológica.

Ese día en la notaría, Martha Rita señaló que todo lo que ella hacía era “absolutamente legal” y respaldado por el artículo 42 de la constitución colombiana: el que habla puntualmente de la familia y especifica su constitución y derechos sobre los hijos. “Los hijos habidos en el matrimonio o fuera de él, adoptados o procreados naturalmente o con asistencia científica, tienen iguales derechos y deberes”, recitó de memoria.

“Yo era la única persona que salía públicamente a decir que eso era lícito” y lo hacía en un canal nacional de televisión, en un magazín del horario prime de las mañanas en el que hablaba de reproducción humana y familia. Como su voz era disonante con las posturas morales sobre la subrogación, pronto recibió propuestas para llevar casos relacionados con este tipo de maternidad.

El primero fue en 2011. La madre y el padre biológicos eran abogados y estaban enredados con el registro del recién nacido como hijo propio gestado por medio de una madre subrogada, también abogada. A Martha Rita le dijeron que “habían dado vueltas por toda Bogotá” en busca de un abogado que resolviera el vacío legal de su caso y que ella era su única esperanza. “Déjeme que yo sé cuál es la salida”, les dijo decidida. “Si yo lo logré, me pagan un millón y medio de pesos”.

Se dedicó toda una noche a pescar entre sus recursos de abogada curtida una ruta legal para el particular caso de maternidad. Sus clientes habían llegado a ella cuando el proceso

médico ya había culminado, el niño había nacido y estaban próximos a cumplirse los treinta días de plazo legales para registrar al bebé como hijo en una notaría. “Toda una noche y a la buena de Dios”. Solucionó el asunto por medio una escritura pública que redactó esa noche con detalles que sólo ella conoce, aunque ahora acepta que ese procedimiento fue un poco atropellado y que con los años logró pulir uno mucho mejor.

Justo al frente de nuestra primera conversación, en Medellín, las persianas color blanco percutido dejaban ver la vida del barrio circulando por la calle. Maltrechas como estaban, esas persianas propiciaban la suficiente privacidad a todos los trámites que se cerraban a esa hora en la Notaría 29. El del hombre mayor y la mujer joven requería de muchas idas y vueltas de Martha Rita a la oficina del notario, de la que poco se veía pues las paredes de vidrio con franjas blancas a duras penas dejaban identificar siluetas.

El ambiente se hacía pesado como si todo estuviera pasando en cámara lenta. Vi a Martha Rita alejarse hacía una de las mesas del fondo de la notaría con la pareja que se comportaba con cordial distancia entre ellos. La abogada flanqueaba el océano que había entre ambos, la ley y el notario con una destreza finamente calculada.

El duelo

El dolor de parir un hijo a veces comienza mucho antes de siquiera imaginar que crece en el vientre de su madre. En las clínicas de fertilidad, el dolor es un visitador frecuente. En sus instalaciones son comunes los catálogos con fotografías de madres y padres sonrientes mientras tiene a su bebé sano y hermoso en brazos; el cuadro de una familia perfecta que hiere los ojos de quienes no han hecho otra cosa que llorar la noticia de que no pueden tener hijos.

La mañana en la que llegué a esa deslumbrante clínica en el sur de Medellín me estrellé con ese catálogo de expectativas en la recepción.

Cuando una persona se embarca en la búsqueda de un hijo por medio de la fertilización In Vitro, para luego darlo a luz a través de la maternidad subrogada, inicia un camino que requiere no sólo de la aceptación de su infertilidad, sino de tratamientos médicos privados y de alto costo en los que el juego de probabilidades de la vida no siempre está a favor.

La clínica era un círculo de mujeres: recepcionistas, enfermeras, médicas, psicólogas. La que llegó hasta mí en la sala de espera tenía una sonrisa extraordinaria con la que me invitó a pasar a su consultorio. El de ella, a diferencia del de la doctora, estaba en la parte posterior de la clínica y tenía música instrumental sonando a bajo volumen.

A los pocos minutos se presentó. Era la psicóloga. La maternidad subrogada comprende tanto el nivel corporal como el mental, al menos en esa clínica, por eso era importante nuestra conversación. Su voz tenía una cadencia dulce, casi como un arroyo. Le pregunté por el proceso de las mujeres que no podían ser madres y solicitaban para ello la ayuda de otra mujer.

“El primer duelo que se hace es el no haber sido un organismo apto para dar vida”. La música que sonaba de fondo parecía su estrategia para sosegar la conversación, pero, por alguna razón, me inquietaba un poco. “Eso pasa por distintas etapas: shock, enfado, negociación, desesperanza...”. Una de las facetas más complejas de entender sobre la maternidad subrogada es que resulta ser la única opción para aquellas mujeres que tienen una condición psicológicamente apta para la maternidad, pero no la facultad biológica para serlo, al menos cuando de mujeres —o parejas heterosexuales— se trata.

Para remediar en algo esa mala fortuna, la clínica de fertilidad ofrece unos servicios científicos que aumentan las posibilidades naturales de embarazo y median entre el destino bloqueado y la decisión de las personas. En eso se pueden ir millones de pesos. En

esa clínica podían ser trece como treinta, depende de qué tantas veces sea necesario intentarlo.

“Uno se da cuenta de que eran personas que habían desechado la posibilidad de ser mamás durante muchos años... Entonces, qué te motivó a volver a intentarlo, de dónde sacaste la fuerza, y ya luego llega la aceptación”, soltó la psicóloga en un arrebato de certeza. Observé el consultorio con detalle, era acogedor para ser parte de un escenario médico. Tenía libros, porcelanas, cuadros, y esa dramática música que no paraba de sonar.

Uno de los factores más estresantes a la hora de someterse a un tratamiento de fertilidad es el tiempo, en especial el exceso de tiempo. Demasiados meses de buscar un embarazo, demasiados años postergando la maternidad por concretar otras posibilidades en la vida, demasiados calendarios celebrados. Es con el peso del tiempo encima que llegan muchas parejas a consultar un embarazo por subrogación, pues ya no pueden esperar más a que la naturaleza los favorezca con la posibilidad de ser padres.

Yo sabía que esa era una institución conservadora porque la misma psicóloga lo había dicho minutos antes. Pese a tener férreos principios morales y de tradición familiar, la clínica estaba dispuesta a llevar maternidades subrogadas siempre y cuando el asunto quedara en familia. Así que las madres que prestaran su útero para tal fin debían ser hermanas, primas, tías, abuelas de los padres biológicos; cualquier mujer que fuera fértil — y madre— y tuviera la línea de consanguinidad como unción sobre su decisión para alejarla del lucro económico.

“Siempre trabajamos con familia, alguien que de alguna forma conozca el proceso emocional y físico al que he estado sometida la persona con dificultad, y también eso asegura que no hay dinero de por medio”. Después de la etapa de duelo, según la psicóloga, llega el momento de la búsqueda de una maternidad no convencional. En el caso de la clínica, la opción más excéntrica es el de la maternidad subrogada.

“Este proceso de duelo cierra con la elaboración de que su hijo va a estar en el cuerpo de otra mujer. Se ve como el medio para lograr ser mamás y así se termina aceptando. Porque saben que es la única alternativa que tienen y se aferran a eso con toda la esperanza”. Una vez aterrizada esa determinación en la mente y las emociones de sus pacientes, la psicóloga sabe que una maternidad no convencional, como la subrogada, es viable.

El notario

Llovía cuando regresé a esa pequeña puerta. Emparamada, decidí apurar el paso para llegar a la oficina del notario antes de que fueran las seis de la tarde y la notaría finalizara su horario de atención. Fue a principios de noviembre, casi tres semanas antes de que volviera a hablar con Martha Rita.

El tipo era amable. Había contestado mi llamada el día anterior y dijo que no habría problema en que pasara por su oficina para ver los documentos que tenía de los casos de maternidad subrogada.

Estaba sorprendida de conseguir, al fin, algún tipo de acceso al proceso legal de este tipo de maternidad. Al día siguiente estaba en su oficina, con el semblante algo descompuesto por la lluvia, sin saber que una llamada en el medio había cambiado la oferta de acceso a los documentos.

Tan pronto le recordé quién era noté un sutil recelo. El notario había llamado a Martha Rita después de colgar conmigo para contarle de mi llamada y algo de lo hablado entre ellos había puesto un muro entre la información y yo. Él iba y venía en su silla de rodachines detrás del escritorio mientras explicaba que en los casos de maternidad subrogada los derechos del menor prevalecían sobre mi acceso a la información. “Lo oculto se da por protección al menor de edad. Por proteger un derecho personalísimo”, aseguró.

A los pocos minutos de charla asimilé que tendría que escarbar el tema de la maternidad subrogada como un topo. ¿Cómo se hacía un proceso notarial que era legal pero tan secreto? Empecé por entender el papel del notario en la diligencia. “Todo tiene que ser de común acuerdo. No hay ningún contencioso entre ellos [los participantes de una maternidad subrogada]. Yo tengo que proteger los documentos que no puedo mostrártelos a ti ni a nadie”. La conversación era un hielo, sin embargo, la amabilidad continuaba englobando las respuestas del notario.

Un día Martha Rita le propuso llevar en su notaría uno de los casos de subrogación que ella estaba asesorando en Medellín. Javier estaba recién nombrado como notario 29 y se lo habían avisado por medio de una resolución en enero de 2017. En ese momento creyó interesante el tema, pero le pidió a la abogada que le brindara más elementos de juicio para evaluar su propuesta. Según él, aunque conocía a Martha Rita desde la universidad, no iba a poner las manos al fuego por ella en un procedimiento del que él poco o nada sabía y que podía implicar sanciones judiciales de no ser legal. Ella le aseguró que lo era.

“No es que tú me lo cuentes, sino que me muestres los documentos”, le dijo el notario a la abogada. Martha Rita viajó hasta Medellín y le contó en persona los antecedentes de la subrogación en Colombia y los casos que ella había llevado en otras ciudades con otros notarios —unos pocos— que ya habían dado vía libre en sus oficinas para diligencias legales similares a las que ella le estaba proponiendo. El “documento contundente” fue una sentencia de 2009.

La sentencia T-968 de 2009 contenía los elementos satisfactorios para que Javier aceptara llevar casos de subrogación con Martha Rita: antecedentes y jurisprudencia. El documento detallaba la historia de dos hermanos gemelos concebidos por medio de una FIV con subrogación. Aunque en principio el caso se trataba de una maternidad subrogada, la madre subrogada rompió el pacto de gestar un embrión con el material genético

exclusivo de los padres biológicos, y quedó embarazada con uno de sus óvulos propios fecundado en el laboratorio con el material genético del padre contratante. Se convirtió en la madre biológica y luego quiso quedarse con sus hijos.

El caso sentó un precedente importante en la jurisprudencia colombiana puesto que en el país la maternidad subrogada “no está regulada pero tampoco prohibida expresamente”, según aclara la misma sentencia. Para esa providencia judicial, la maternidad subrogada es “el acto reproductor que genera el nacimiento de un niño gestado por una mujer sujeta a un pacto o compromiso mediante el cual debe ceder todos los derechos sobre el recién nacido a favor de otra mujer que figurará como madre de éste”. Así que, en el caso de los gemelos, la subrogación se desdibujó al incluir los óvulos de la madre subrogada y condujo a una maternidad convencional claramente especificada por la ley.

Después de demostrarle ese antecedente legal a Javier, Martha Rita y él comenzaron a trabajar juntos. Hasta el día que lo visité en su oficina, el notario 29 de Medellín había llevado tres casos de maternidad subrogada en la ciudad. “No podemos pensar como en el siglo XIX que los hijos vienen es de la cigüeña —expresó—, el tema tiene que dejar de ser tabú”. Se recostó con ímpetu en la silla y me lanzó una mirada imperturbable.

La abogada

Estuvimos sentadas por casi tres horas en la estrecha oficina, ese cuadrado tibio nos aislaba de la inmensa Bogotá. Comenzó a contar los casos insólitos de su carrera como abogada especialista en familia. Treinta y tres años de lidiar con las intimidades más escandalosas de la gente: infidelidades, engaños, robos, despojos, dramas. Su carrera era su orgullo, no me quedó duda.

Desde su primer caso de subrogación, en 2001, Martha Rita había llevado unos cien casos similares, el noventa por ciento de ellos de parejas. “Le tienen mucha confianza al

proceso médico y jurídico colombiano”. Había llevado procesos de gente de Portugal, Francia, Bolivia, Perú... todos casados con un colombiano o colombiana; esa era su regla. Aseguró que en el setenta - ochenta por ciento de las veces sus clientes eran quienes conseguían a la madre subrogada entre sus familiares, y que el porcentaje sobrante —un treinta— la buscaba acudiendo a referencias de mujeres que ya habían sido madres subrogadas en alguno de los procesos anteriores llevados por la abogada.

Por esos casos ha cobrado cifras muy dispares, aunque todas justificadas por la reputación que la persigue. Su figura como abogada no es escandalosa pero sí célebre.

—¿O sea que eres una mujer bajo perfil? —.

—Alguien que tiene un bolso Louis Vuitton y se baja de un Mercedes Benz no es bajo perfil —. La sonrisa perfecta le hizo brotar los pómulos maquillados.

El dinero era uno de sus logros, pero no una de sus obsesiones. “No tengo endiosado al dinero”, dijo. Los casos que acostumbra llevar no son diligencias de pasillo, ni están en capacidad de ser resueltos por cualquier abogado, así que cobra lo que cobra porque ella y sus conocimientos son exclusivos. “A mí me pagan por pedacitos. La que siempre gana es la clínica”. Como cada caso tiene particularidades propias de los antecedentes jurídicos de cada persona, cada uno representa un modelo diferente de papeleo y diligencias legales. Unos pueden salir más económicos si no hay líos legales previos que resolver.

Al cobrar por paquete, Martha Rita va desbloqueando posibilidades hasta que se concrete la maternidad subrogada. “El problema conmigo es que no sucumbo ante el dinero y que lo que sé es producto de un estudio y no de chanchullos”, también es cierto que la insinuación de ofertas irregulares para su trabajo le ofende porque considera impecable su recorrido profesional. La mujer es audaz y conoce las minucias de la ley, ve

con ojos abiertos donde otros de sus colegas apenas distinguen sombras. Por eso guarda con hermetismo el proceso legal que le ha tomado más de ocho años perfeccionar.

Desde el rincón, la virgen embarazada nos velaba. Esperaba apacible el nacimiento de su hijo en la oficina bogotana de la abogada costeña que se dedica a formalizar la llegada de niños al mundo por medio de maternidades no convencionales. No era la única figura religiosa de la madre de Jesús en ese lugar. Martha Rita es “mariana”, fiel devota de la Virgen María, y llevaba ese día en su cuello una medalla de la virgen de la milagrosa que me mostró con aprecio. Bogotá, tenue como se veía a través de la ventana, le arrancaba las últimas horas al día.

La abogada no parecía tenerle miedo a nada. En su cara proyectaba el carácter de una mujer segura de sí misma, cordial pero agresiva si la situación la ponía en desventaja. Pensaba en eso cuando dijo que le daba pánico que una de las madres subrogadas muriera dando a luz. Yo nunca había imaginado una situación similar, pero a ella parecía aterrarle. “Yo rezo cuando esas muchachas entran en trabajo de parto”. Eso y que los padres biológicos decidieran divorciarse antes de que naciera el niño o niña, eran sus mayores temores.

Lo único que parecía dominar sin temor era el Derecho. Le pregunté entonces si la manera de traer al mundo legal a esos niños hijos nacidos de una maternidad subrogada era por medio de la adopción, o cómo era que un hijo parido por una mujer a la que la ley asumía inmediatamente como su madre biológica quedaba registrado como hijo de otra madre, ajena al parto. Me miró un poco desesperada. “La palabra adopción no cabe en los procesos de asistencia científica [técnicas de reproducción asistida]”.

La explicación que dio enseguida fue que la adopción no era una opción para los procesos de maternidad subrogada porque existían unos padres biológicos dispuestos a reconocer a un hijo deseado que no necesitaba una medida de protección de sus derechos

como la adopción. “¿Cuál medida de protección si aquí no hay ningún niño abandonado?”, dijo un poco acalorada. Lo cierto es que luego de insistir un poco más en el tema, Martha Rita fue categórica: “No hay adopción. Jamás y nunca”.

Nacimiento

Nacer.

Alguna vez leí la descripción casi paisajística de la escritora nicaragüense Gioconda Belli sobre el momento de dar a luz. “Quería ser estoica, un árbol soportando los embates del viento y la lluvia. Pero tras doce horas de labor de parto quería liberarme de mi cuerpo, abandonarlo, salir corriendo, no sufrir más. A pesar del dolor, me maravillaba el proceso, la Naturaleza hecha cargo como si ella y mi cuerpo hubiesen concertado un pacto y a mí no me quedara otro papel que el de observadora”, escribió en 2001 en su libro *El país bajo mi piel*.

Ese fragmento era la vida como ruptura. Una fuerza ancestral tan férrea como para albergar la vida, pero suficientemente frágil para dejarla ir; separarse, vivir. Después de buscar por meses una respuesta sobre las madres subrogadas tuve que dejar ir la posibilidad de encontrar al menos a una de ellas. La opacidad del proceso legal aislaba toda posibilidad de conversación abierta con las personas involucradas en ese tipo de maternidad.

Ratifiqué esa idea mientras caminaba junto a Martha Rita hacia el ascensor.

En ese instante se condensaron todos los esfuerzos que había hecho antes para lograr entender una maternidad lograda en cuerpo ajeno. En el camino al ascensor recorrí nuevamente, en unos segundos vertiginosas, las clínicas que visité donde los hijos se concebían en cajas de Petri y no en cuerpos humanos, la sala de una notaría y una oficina

sencilla con una virgen embarazada. Caminé y recogí varias veces mis pasos. Noviembre fue un mes provocador.

Nos despedimos en la puerta del ascensor. Ella subía, yo bajaba. La vi girar por las escaleras y desaparecer a los pocos segundos. Me metí en el ascensor con una sensación extraña que estaba entre la indigestión y el desasosiego. Salí por la puerta del vestíbulo principal del edificio y quedé arrojada en la calle fría que era la Carrera Séptima a esa hora. Miré por última vez aquella dirección sobre los ladrillos cafés oscuros del edificio. “No es que me pasen cosas locas, es el Derecho. Tengo treinta y tres años de darle al Derecho de familia y el Derecho de familia es loco”. Ella ya me había contado su secreto.